



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



Cipactli Meneses Uribe, de 2ª serie centro

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	8
Subiendo a... / Francisco Kochen	
Minimás y poemas / Carmen Camacho	17
Tres poemas / Víctor Cabrera	22
Poemas / Manuel Parra Aguilar	26
Echar de menos / Édgar Mora Bautista	30
Quizá te extrañe / Maritza Buendía	37
CONCURSO 37 DE PUNTO DE PARTIDA	43
CUARTA ENTREGA	
2ª serie centro (fotografía) / Cipactli Meneses Uribe	44
Sobre la prudencia de las grietas (ensayo) / Julián Etienne Gómez	
Baranda	49
Malestar (cuento) / David Pruneda Sentfés	53
Crónica de un andariego (crónica) / Raúl Gerardo Orrantia	61
EL RESEÑARIO	
Hacia la permanencia de lo fugitivo / Iván Cruz Osorio	65
La trilogía de las obsesiones: el nuevo ciclo de Daniel Sada / Rodrigo Martínez	69
LA GACETILLA	
Concursos literarios, talleres, cursos, revistas en línea y más	72

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Sealtiel Alatríste
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 142, marzo-abril 2007

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración de este número: Gerardo Torres
Portada: Imagen de 2ª serie centro, de Cipactli Meneses Uribe
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

A partir del pasado mes de enero, el escritor y editor Sealtiel Alatríste está al frente de la Dirección de Literatura de la UNAM, dependencia que publica esta revista. Con la nueva administración, el proyecto de *Punto de partida* se amplía para cubrir un área hasta ahora no considerada y que estamos seguros nos permitirá llegar a un extenso universo de lectores y escritores. Así, preparamos un portal que incluirá la publicación digital de la revista y la sección *Caza de Letras*, dedicada a la organización de concursos literarios en línea. Además, *Punto de partida* crece a ochenta planas, lo cual nos permitirá publicar con mayor celeridad el material recibido por esta redacción.

Este número, ilustrado en su totalidad por el artista plástico Gerardo Torres, abre como siempre con nuestro Árbol Genealógico, que se engalana con “Subiendo a...”, ocho imágenes de escaleras sustraídas de su contexto arquitectónico por la lente del fotógrafo Francisco Kochen.

En nuestra sección de colaboraciones, presentamos a cinco jóvenes escritores relacionados de una u otra manera con *Punto de partida*, y a quienes agradecemos su permanencia en este espacio: Carmen Camacho, Víctor Cabrera y Manuel Parra, en poesía; Édgar Mora Bautista y Maritza Buendía, en cuento.

Esta edición concluye la entrega de los ganadores de segundos premios en el Concurso 37 de *Punto de partida*: “2ª serie centro”, fotografías solarizadas de Citectli Meneses; “Sobre la prudencia de las grietas”, ensayo de Julián Gómez Baranda acerca de los muros y sus implicaciones, y “Crónica de un andariego”, que relata los avatares del caminante Evodio Frausto Valera, escrita por Raúl Orrantía. Para cerrar esta entrega, un cuento sobresaliente: “Malestar”, de David Pruneda, acreedor de mención en el pasado certamen.

El Reseñario incluye esta vez la recomendación de *Los pasos del visitante*, de Luis Paniagua, hecha por el poeta Iván Cruz, y el análisis minucioso de Rodrigo Martínez a la obra reciente del narrador bajacaliforniano Daniel Sada. Y como colofón, *La Gaceta*, nueva sección que promueve actividades literarias de interés para nuestra comunidad, como convocatorias a concursos nacionales e internacionales, talleres, cursos, páginas literarias y demás, amén de publicidad de editoriales independientes y proyectos literarios alternativos. ●

Subiendo a...

Francisco Kochen

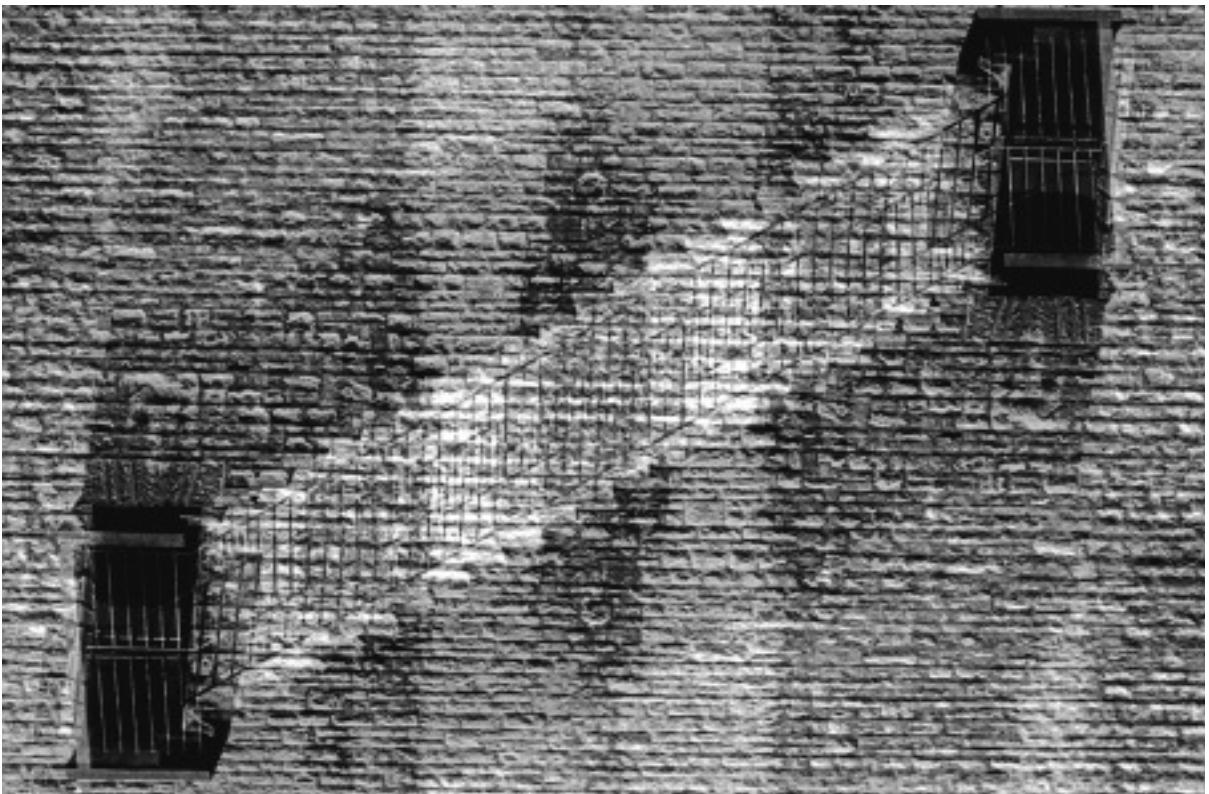


Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas





Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas



Plata sobre gelatina, 8 x 10 pulgadas

bajando de...

Francisco Kochen (Ciudad de México, 1961) inicia su actividad profesional con la maestra Henriette Ponchon de Saint-André, en Lyon, Francia, donde expuso “Un autre réalité”. Regresa a México en 1991 y se especializa en fotografía editorial. En 1996 obtiene la beca de Jóvenes Creadores que otorga el FONCA. Ha colaborado con los principales museos y editoriales del país y en importantes proyectos en el extranjero. Ha participado en catálogos de exposiciones para el Antiguo Colegio de San Ildefonso, el Musée des Beaux-arts du Canadá, el Museo del Palacio de Bellas Artes, el Museo Nacional de Antropología y el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, entre otros. Ha colaborado con sus imágenes en el proceso creativo de diferentes compañías de danza en México y Nueva York. Ha expuesto de manera individual en el Claustro de Sor Juana, el Centro Nacional de las Artes y el Museo de la Revolución en San Luis Potosí, entre otros. Ha participado como jurado en distintos concursos fotográficos nacionales, entre ellos, el de *Punto de partida*.

Minimás y poemas

Carmen Camacho

Minimás*

Poco a poco, aquel hombre-cursiva fue adquiriendo un extraño interlineado sencillo.

.

Quien esté libre de significado, que tire la primera sílaba.

.

Acostumbra Saturno, cuando devora a sus hijos, tomarse luego una cucharadita de Primperán.

.

Con suerte y un poco de pesticidas, nuestra mirada servirá un día de abono a los melocotoneros.

.

Hay hombres de niebla. Por dentro. Por supuesto.

* En palabras de su autora, “las minimás son aforismos poéticos que no alcanzan cuerpo de máximas, pero tampoco son mínimas, así que son minimás: versos, frases, aerolitos —diría Carlos Edmundo de Ory—, voces abandonadas, diría Porchia”.

•

Los necrófilos y sus amantes póstumas.

•

Para no perder el equilibrio interior, es conveniente llevar siempre abierta la funámbula sombrilla de papel.

•

Fernandez Retamar: sugestivo y floreciente nombre.

•

En la aldea global también están los tontos del pueblo.

•

Mis queridos poetas de la aldea global: donde dije audiencia quise decir ausencia.

•

Arquímedes, cariño, derrámate.

•

Mi poeta amante, al que tanto quiero y prologo: yo ya no sé si besarte o ponerte una nota al pie.

•

Orgasmo, la pequeña muerte.

Entonces:

Masturbación, el pequeño suicidio.

.

El amor es siempre un sinónimo. De otra cosa, pero siempre sinónimo.

.

El insoportable olor a madre de los cajones de las mesitas de noche.

.

Las fronteras están para saltárselas.

.

Mi cuerpo del delito, tus huellas digitales.

.

Me poso en tus ojos
para descansar.

.

La luna para quien la contempla.

.

Amor con amor se paga: interesante ajuste de cuentas.



Material de oficina

Es imposible que se pierda
—se dijo, cogiéndose otra vez
en un despiste—.

Carmen tiene que estar,
la dejé entre los papeles.

Todo lo contrario

Ajusta la nariz a las gafas
arrima la vida a la hipoteca
dale la espalda al poema:
esquiva tu sangre como puedas.

Mauritania

Mi padre me ha contado que en Mauritania
se juntan
Desierto y Selva.
En Mauritania y en otras mujeres por el estilo.

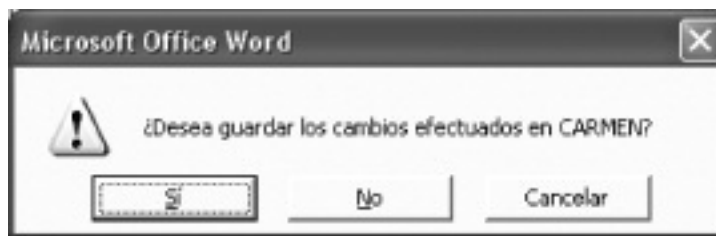
Life poetry under eyes...

Poeta Salvavidas
situado debajo
de la parte posterior
de su aliento.

de Instrucciones de vuelo

THERA (GRECIA), agosto de 2004, tres de la madrugada: dos gallos se disputan la primicia del alba.

That is the question



Reducción de León Felipe sobre un lecho de Alcarria

Cosas de poca importancia:

Una niña pequeña se ha muerto.

Qué lastima.

Carmen Camacho (Alcaudete, Jaén, 1976) es poeta y narradora. Vive en Sevilla. Colabora en varias revistas literarias. Ha sido incluida en las antologías *No todo es Juan Ramón, todo es Juan Ramón. Poesía Joven Andaluza en diálogo con JRJ* (Chichimeca, 2006), *Microscopios eróticos* (Ediciones Atómicas, 2005), *Banda aparte* (Los Noveles, 2005) y *Ellas* (Los Noveles, 2003). Es coautora de la obra de teatro *Mujeres perfectas*, dirigida por Fernando Donaire. En 2006, antologó el número 140 de *Punto de partida*, "Literatura joven de Andalucía".

Tres poemas

Víctor Cabrera

Circuito interior

para David Huerta

Y al cabo de los años,
un día te descubres
siguiendo el llamado de la sangre
que sin decirte
—puntual telegrafía—
te dicta el otro paso
 y el otro
 y el otro
 y el siguiente.

Destino: fe de linfa,
perpetuo redactor de despedidas:

No vales más aquí que en otro suelo.

Sólo ella permanece sin quedarse:
se cumple en su caudal,
en el vaivén erige su circuito:

no va ni viene:

se completa

y al cabo de los años

un buen día

te sorprende siguiéndola

obediente

lebel

tras la huella

de tu sangre.



Noia

largos días iguales
a otros días iguales

cúmulos
rimeros de días
iguales a otros días

no llegan y se van
no pasan
se quedan y se estancan

permanecen

son cajas
se apilan en el alma
y pesan
y colman las estancias

son tardes como hoy
sin noches
sin mañana

y pesan
se apilan como cajas
y duelen
y anuncian las mudanzas

Ducha

para Fabio Morábito

En el piso de arriba alguien se baña,
alguien ahí se lava de su sueño
a orillas de mi insomnio.

Yo escucho el agua nacer en el silencio,
poblar los muros de líquido reposo,
ganar la tubería como una savia.

Un musgo que así creciera hacia la entraña:
tranquilo, elemental, pero constante.
Un arroyo que así nos habitara.

Alguien se baña un piso más arriba,
más alto alguien entona la mañana
y al hacerlo, sin saber,
me purifican.

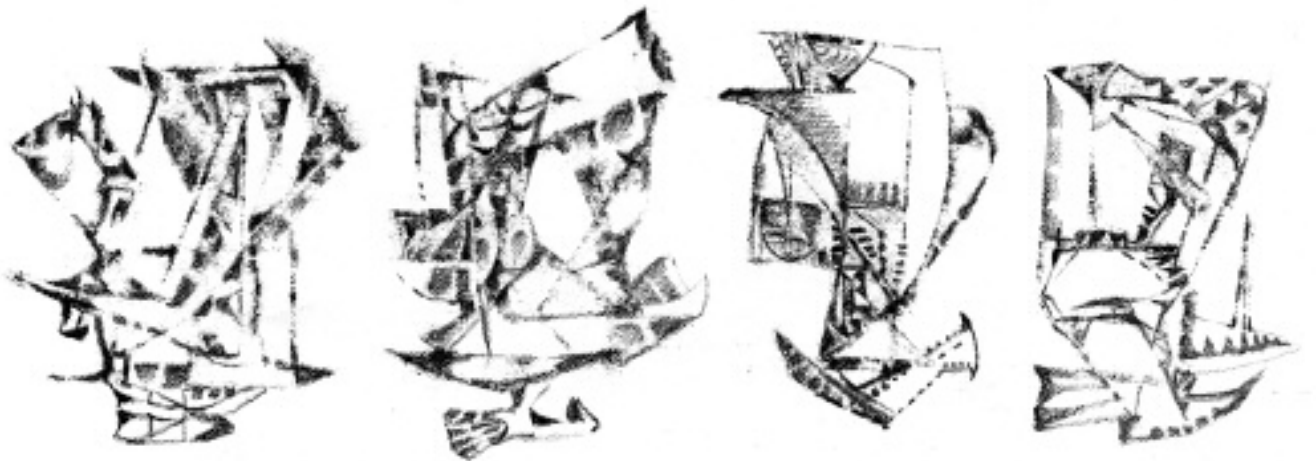
Víctor Cabrera (Arriaga, Chiapas, 1973). Es narrador, poeta y editor. Estudió Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 2001 obtuvo una mención honorífica por su libro *Episodios célebres* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2006) en el Certamen Nacional de Narrativa “Gerardo Cornejo”, organizado por el Instituto Sonorense de Cultura y el CONACULTA. Ha publicado cuentos, poemas y reseñas en revistas como *Universidad de México*, *Periódico de poesía*, *Alforja*, *Etcétera* y *Punto de partida*. En 2004 publicó la *plquette* *Diez sonetos*. Actualmente es becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA en el área de poesía.

Poemas

Manuel Parra Aguilar

EN EL MEOW MIX CAFÉ
la joven mesera llena por
tercera ocasión tu taza.
“excuse; the annoying smoke to the cats,
cannot smoke in this area”
te dice con imperfecto
inglés antes de marcharse.
Y tu estrategia de conversar
con ella se viene a pique.

En verdad no es tan cruel abril:
cada vez recibes café sin tanto pelo.



LA MUCHACHA DEL BARRIO

latino no abraza por temor de verse indiscreta
en la última despedida de su colchón
Selter and company.
Se enamora de tan poco
que al calor del dulce hogar
temo preguntarle cualquier cosa acerca
de su cambio. You also want to me, mattress?
pregunta.

Sé que ella ama a los gringos por ser hermosos.

SÓLO HORAS DESPUÉS

llegamos al Café house,
edificio en construcción de la calle
Quiroz y Mora,
allí donde el viento arrancó algunas flores disfrazadas de petunias
y derribó retratos de manzanas estilo René Magritte.

Tú y yo

puestos a trasluz de locos ventanales donde no entró el frío,
sus cuatro horizontes dibujados en tu blusa color de agua, ¿te acuerdas?
En los casi no siempre delicados servicios del mesero,
el aroma del café con los terrones de azúcar morena
y el 10% de propina, ¿qué importa ya si no canta Barry White?

Helen, ¿a dónde iremos el próximo verano?

YO ME SENTÍA UN
extranjero más en Eindhoven
y ella no parecía más conmovida que yo
en aquella durísima temporada de invierno.
“Prueba a llamarme Helen”,
dijo su gafete sin mover los labios cuando me le acerqué en la barra de la
estación.
En el ruido predecible del tren se escondieron ligeramente las palabras.

¿Puedo decir que en verdad la conocí?

Llevaban sus cachetes la dura quemazón de los países bajos.

Ahora los árboles habrán crecido y serán de nuevo interminables.

Le ofrecí el café más oscuro que pude conseguir por 2 €.
La boletería me despidió con un “Buen viaje, norteamericano” para el
camino.
Esto sucedió en Eindhoven

LA CALLE TIENE UN OLOR

a sexo quemado a eso de las cinco de la tarde.

Hay puentes y horizontales frutas amarillas. Un parque enorme donde tú puedes descansar.

El invierno dobla siempre por donde no debe,
pero Alexander, Nicolás y yo tenemos un grado de más
al mirar los duros pezones de las colegialas de Lomonosov.

Un viento frío hiela los pies de los pájaros de las faldas de las muchachas.

No he visto otra montaña en Rusia, salvo la Montaña de Gorriones.

Temo que no exista ciudad más roja que Moscú.

Manuel Parra Aguilar (Hermosillo, Sonora, 1982) estudia Literaturas Hispánicas en la Universidad de Sonora. En 2005 obtuvo el Premio Internacional de Poesía Oliverio Girondo 2005, organizado por la Sociedad Argentina de Escritores, SADE, Delta Bonaerense; en 2006, mención en poesía en el Concurso 37 de *Punto de partida*.

Echar de menos

Édgar Mora Bautista

Como hormigas. Sí, como miles de hormigas. Patas minúsculas recorriendo uno a uno los poros de su piel. Encerradas en su piel. Saturando sus venas con su andar frenético y sus antenas inquietísimas. Llenando sus pulmones, su garganta, impidiéndole respirar. Como un sueño sin fin. Alucinaciones sin memoria. Fiebre. Como un aire pesado, irrespirable. Un reloj de arena sumergido en la bañera. Igual a un gato disecado, con la mirada perdida en el espacio, con las pupilas dilatándose a intervalos. Como un ratón entre los dientes de una trampa que cada vez se clavan más profundo. Como un muerto que siente las primeras paladas caer sobre su ataúd. Eso, como un muerto que toma conciencia de su propia muerte.



En la morgue lo esperaba, como siempre, aquel hijo de puta de Díaz. Era un ser despreciable. Tenía la guardia nocturna desde hacía más de dos años, y la impresión que despertaba de inicio no se borraba nunca. Obeso y completamente descuidado, se movía como un pingüino que hubiese sido condenado a vivir de manera permanente en tierra. Cada paso parecía costarle un esfuerzo monumental, su bamboleo llegaba a hacerse desesperante porque simulaba no tener conciencia del tiempo o de la prisa de los demás. Siempre demoraba más de lo necesario. Lo hacía a propósito. Le generaba un placer sádico la desesperación de los demás. Sus ojillos, agazapados tras unas gafas de pasta dura reparados aquí y allá con cinta adhesiva, brillaban cada vez que

alguna de las personas que estaban obligadas a esperararlo se comenzaba a poner impaciente. Los síntomas siempre eran los mismos: tamborileaban con sus dedos sobre el escritorio de madera falsa, movían las rodillas cada vez más rápidamente, apretaban los dientes reprimiendo un grito o, las más de las veces, un insulto. Él las veía divertido desde el trono que suponía era el viejo sillón tras su escritorio. Un mueble viejo y sin forma que rechinaba de manera atroz, como quejándose de llevar a cuestras aquella masa humana que se divertía con el odio y la desesperación de los demás.

Díaz tenía que entregar los cuerpos a quienes llegaban a reclamarlos. Como estaba en el turno de la noche,

era raro que alguien acudiera a la morgue a esa hora. Sin embargo, no faltaban los desventurados. El gordo los podía oler a distancia. En cuanto oía las pisadas que se acercaban por el largo corredor de los servicios forenses, sabía que la diversión había empezado. De inmediato sacaba una montaña de expedientes de alguno de los cajones ubicados a sus espaldas y fingía estar sumamente ocupado. Cuando por fin alguien tocaba a la puerta, tardaba lo suficiente como para obligar al que se encontraba del otro lado a golpear un poco más fuerte. Era entonces cuando lanzaba un “¡Adelante!” sonoro e inmediato que la mayoría de las veces hacía saltar al distraído, antes de internarse de manera insegura en los territorios de Díaz.

La mayoría de la gente iba allí para revisar si en los frigoríficos de la morgue se encontraba algún familiar o conocido. Los visitantes durante el turno del gordo eran madres desesperadas y llorosas que buscaban a sus hijos desaparecidos días o semanas atrás; esposas temerosas de que al correr la cubierta plástica apareciera el rostro del marido sacrificado en una riña de cantina o en una pelea por putas en algún oscuro tugurio; maridos que deseaban con todas sus fuerzas que sus mujeres estuvieran mejor muertas que fugadas con otro. A todos los recibía Díaz con la misma actitud sádica y desconsiderada. Porque el cabrón no perseguía ningún bien, pongamos económico, de ningún tipo. Era corriente que escuchara historias de sus colegas en las cuales se aludía a la falta de escrúpulos de muchos de ellos al pedir dinero para entregar un cuerpo. A Díaz no le interesaba el dinero, al menos no el que le podía entregar una recién estrenada viuda o un aliado no-cornudo.

—Nuevamente por aquí. Parece que con lo de la semana pasada no fue suficiente...

—¿Tienes algo para mí?

—Por supuesto. Si tú tienes algo para mí.

A aquel hombre le molestaba su aire cínico, la facilidad con la que se hacía detestable en un instante. No contestó nada. Llevó la mano hasta uno de los bolsillos internos de su gabardina y extrajo un sobre en el que se adivinaba un fajo generoso de billetes. Díaz lo tomó, lo sopesó en sus manos gruesas y groseras. Mo-

vió la cabeza de un lado a otro y con un guiño que intentaba parecer de complicidad se dirigió hacia los frigoríficos. El otro lo siguió. Al llegar al muro de las gavetas era imposible no castañear los dientes, en parte por la inquietud de encontrarse rodeado de cadáveres y en parte por el frío necesario para mantenerlos conservados.

Díaz abrió una gaveta y con una habilidad que no se sospechaba a primera vista, colocó el cadáver sobre la plancha más cercana. Era el cuerpo de una mujer. Un hermoso cuerpo. Lleno de sinuosidades. Sus labios aún lucían un tono rosado que contrastaba con el pálido general del resto de su piel. Díaz tiró del zíper y dejó que el aire frío saliera del interior de la bolsa mortuoria y se esparciera por la habitación.

—¡Tarán...! Aquí la tienes. Como las demás, degollada. Se ve que en vida era un manjar para los dioses. Tetas grandes y firmes, piernas largas, cadera ancha, nalgas paradas. ¡Putal! ¿Qué más podría uno pedir?

—Déjame solo.

—Ok. Pero recuerda que únicamente tienes una hora. No sé qué haces con estos cuerpos, ni me interesa saberlo; sólo quiero que no te tardes más de una hora o vendré aquí y te sacaré a patadas en el culo. ¿Entendido?

No contestó. Díaz intentó buscarle el rostro, pero cuando el otro fijó sus ojos intensamente negros en los suyos no tuvo ni valor ni voluntad de sostener esa mirada. Total, se dijo para sus adentros, mientras la ganancia sea segura qué me importa que éste se haga el mudo. Con su paso de pinguino retardado abandonó las planchas y se dirigió a su escritorio. Una torta de milanesa con quesillo le esperaba en el cajón superior. La saliva que se formó de inmediato en su boca pareció el lubricante ideal para que sus piernas se movieran con mayor velocidad.

Adentro se escuchó cómo el gordo dependiente jalaba con firmeza el cajón del escritorio y hacía aullar de dolor el sillón que nuevamente soportaba su humanidad. El cadáver permanecía inmóvil. Su acompañante se quitó la gabardina. Debajo no tenía más que una playera negra ajustada que hacía resaltar unos músculos potentes y bien definidos. Se montó sobre el cuerpo



y miró con insistencia, esperando quizá que su respiración despertara al cuerpo inerte. Una lágrima cayó sobre el rostro de la muerta y se fue arrastrando hasta llegar al desagüe de la plancha. Una línea de sangre se unió a ella y siguió su camino hasta el fondo de la coladera.

Como una manada de insectos que chocan contra un cristal. Como las burbujas de una cerveza a punto de

estallar. El momento en que las nueces crujen. La luz prendida y miles de cucarachas huyendo hacia todos lados. Se sentía como la energía que no es suficiente para freír a un ser humano en la silla eléctrica. Como un centenar de bombas atómicas sobrevolando una ciudad llena de enemigos. Como las agujas de las torres de las iglesias hiriendo el cielo. Miles de sapos arrojados de los excusados. Huecos crujendo en el potro de los tormentos. Chirriar de leña verde mientras las brujas arden. Gritos de protesta ahogados en las plazas públicas por los batallones gubernamentales. Autos chirriando llantas y atropellando perros callejeros. Niños despedazados por el aire envenenado de armas químicas. Como el preso al que violan en tumulto en su primer día en las regaderas. Como los sueños eróticos interrumpidos. Los gatos en el momento del coito. La virginidad arrancada sin permiso. El nudo eterno en la nuca en el momento en que nadie sabe qué es lo que se tiene que hacer. Algo parecido a la ira.

Los cazo cada noche. No tengo otra motivación en la vida. Parece una estupidez.

Como perseguir ovnis o retratar fantasmas. Pero no es así. No cuando ya sabes lo que es matar a uno de éstos. Sentir en tus manos el último residuo de existencia mientras les cortas lentamente la garganta. Una vibración que va más allá de todo lo que te puedas imaginar. Como si de repente el cielo se encogiera y tú estuvieras observándolo en el único palco disponible. ¡Por supuesto que me causa placer! Qué otra cosa podría sentir. Estos hijos de puta han estado matándonos todos los días, lenta, consciente, metódicamente. Y los humanos seguimos creyendo en

lo que nos dicen los médicos: que la enfermedad tal, que el accidente cual, que la inseguridad allá, que la predestinación aquí. ¿Te has detenido a pensar a cuántas personas conoces que se hayan muerto realmente de viejas? ¿Cuántas son?, ¿dos, tres?, ¿no lo recuerdas? La cantidad es mínima. Ínfima. Hace muchos siglos que las causas de nuestra muerte no tienen que ver con la cantidad de años que hemos vivido. Sino con la presencia de ellos. Ellos mataron a mis padres, a mi esposa y a mis dos pequeños. Ellos se los llevaron. Sin remordimiento. Sin pensar en nada. Simplemente decidieron que era hora de terminar con sus vidas. Por eso ahora los cazo. Los persigo. Los acorralo. No tienen escapatoria.

Ayer maté a uno. Paseaba por el centro buscando una víctima ideal. Algún niño descuidado o un solitario cualquiera. Se acercó a una pareja que discutía acaloradamente en la mesa de un café al aire libre. Él se sentó en la mesa aladaña, pidió un café expreso y se puso a escuchar la discusión. Fingía leer un periódico viejo y arrugado. Pero sus ojos reflejaban la satisfacción de saber que había encontrado lo que estaba buscando. Fui más rápido que él. La pareja terminó su discusión, se mandaron al diablo consistentemente y la chica, después de dar una bofetada al tipo, tomó camino hacia las calles adoquinadas y a esa hora casi completamente solas. El otro pagó su café y la siguió. Me lancé tras él. Era un novato. Había dejado pasar mucho tiempo, permitió que la chica caminara con la prisa con la que camina la gente que no sabe si está molesta o arrepentida. O si tiene miedo. La perdió al dar vuelta en dos esquinas demasiado cercanas.

Iba a regresar el camino cuando logré jalarlo hacia el edificio abandonado desde el que lo había observado. Lo tomé de la garganta y apreté fuertemente. No hay otra forma de dominarlos, las diversas cicatrices que tengo en todo el cuerpo certifican lo que estoy diciendo. Apreté su cuello y miré dentro de sus ojos. Estaban encendidos, con un rojo que delataba su juventud. Cada vez hay más jóvenes metidos en esto. Su número está creciendo y su rebaño en franca decadencia. Un rugido que salió de lo más recóndito de sus entrañas me anunciaba que no se rendiría sin luchar. Me

alegré, nunca me ha gustado matar a los que se resignan a su muerte sin oponer resistencia. Lo solté sólo lo suficiente como para alcanzar mi navaja. Presintió que conocía sus debilidades y que la lucha sería a muerte. Lanzó dos o tres ataques buscando siempre mi estómago. Sus dientes alcanzaron a rozar uno de mis brazos, mismo que dejó lleno de esa espuma que les escurre cuando están demasiado excitados como para percartarse de ello. Su transformación ya no me impresionaba. Sabía que en cualquier momento podían cambiar de forma. Pero para luchar siempre escogían la misma, o al menos una bastante parecida. Brazos largos, hocico puntiagudo, dientes fuertes entre los que sobresalían los colmillos filosos y letales. Era la misma forma que adquirían para devorar a sus víctimas. Así fue como los vi cuando se dieron a la tarea de devorar a mi familia. Esos sucios colmillos habían desgarrado las carnes de mis hijos, los brazos débiles de mi madre, los senos de mi esposa. Al principio creí que eran invencibles, que eran parte de una condena que Dios (en ese entonces todavía creía en Dios) había enviado a los hombres para castigarlos por las iniquidades que llevaban a cabo de manera continua y despreocupada. Pero no hay ningún dios involucrado en esto. Dios se fue de vacaciones hace mucho tiempo. Y estas bestias son tan mortales como cualquiera. El secreto está en hacer un corte profundo en la garganta, terminar de un tajo con la tráquea. Es su punto más débil, perderán aire, se tambalearán como un enorme pino a punto de caer sobre la nieve que el invierno acumula en las montañas. Allá donde todavía hay montañas. Caerán como los copos de nieve que se desprenden del cielo deshabitado, allá lejos donde hace mucho tiempo Dios ya no despacha.

Caerán como el que maté ayer. Tratarán de jalar aire por sus enormes narices. Lanzarán dos o tres brazadas a ciegas, buscando encontrar tu pierna o tu estómago. Les encanta reventar las vísceras, observar cómo un hombre desesperado trata de recuperar sus tripas mientras siente que la vida lo abandona. Después simplemente lo devorarán. Como hienas. No, más bien, como serpientes, como anacondas que no dejan rastros de sus víctimas.

Desaparecidos. Dicen que las personas desaparecen. Hay programas de radio, de televisión en donde buscan a los desaparecidos. En realidad han sido devorados. No los encontrarán nunca. Ni siquiera en los estómagos de sus devoradores. Éstos mudarán de forma y se encontrarán de manera inmediata completamente asimilados a la apariencia humana, a la explotación de sus caprichos y sus errores. El de ayer era joven y antes de morir tomó una forma femenina. La forma de la chica a la que quería matar sin mayor miramiento. Unas formas esbeltas que ocasionarán la piedad y el escándalo de quien la encuentre. Así ocurrió y la han llevado al forense. La metieron en una bolsa de plástico y directo al congelador. Como si lo necesitara.

No tardan en venir por él. En meterse a la morgue y rescatar lo que reste. Siempre viene uno más viejo. Más experimentado. Nunca he podido atrapar uno de éstos. Son escurridizos, sagaces, hábiles. Nunca hasta hoy. Hoy estoy decidido a no dejarlo ir. A apretar su garganta hasta que sus ojos cambien de color y ruegue por una muerte rápida. El hijo de puta. Bastante que se lo habrá ganado. Al fin y al cabo, esto no es más que una guerra.

Un cuadro renacentista. La luz mortuoria del salón le imprime un tono dramático a los dos cuerpos desnudos que están sobre una de las planchas de la morgue. Uno de los cuerpos permanece estático. Es una mujer hermosa, de formas perfectas. El otro es un hombre que se dedica a olfatear cada uno de los centímetros de la piel del cadáver. La olfatea y en determinado momento comienza a lamer el cuerpo de forma extremadamente sexual. Recorre con un aparente deseo las areolas, succiona los pezones, baja lamiendo el abdo-



men mientras sus manos se deslizan por los costados del cuerpo. Al llegar al sexo ladea la cabeza antes de introducir su lengua en la abertura. Lame de arriba hacia abajo con una regularidad de péndulo. Tiene los ojos cerrados y deja escapar un ruido semejante al ronroneo sordo de cien gatos juntos. No se puede ver su sexo, pero se podría adivinar en una erección poderosa e imbatible. Vuelve a subir y en ese momento introduce su lengua en la boca del cuerpo inmóvil. Después toma ambos brazos y sacude con fuerza. No hay ninguna reacción. El hombre se hinca en las piernas de la mujer. Es decir, se hinca sobre las piernas. Después levanta una de sus manos que de repente parece más grande y rematada con unas uñas muy largas. An-

tes de poder ver otra cosa, la mano ha penetrado el cuerpo inerte y ha arrancado, en un movimiento veloz y casi imperceptible, el corazón muerto del cuerpo. Lo sostiene por arriba de su cabeza y, acto seguido, comienza a devorarlo con mordidas serenas y resignadas. En determinado momento vuelve la cabeza y se puede observar, por escasos segundos, el resplandor azul de sus pupilas.

Como el rumor de un millón de lápices rasgando millones de hojas, escribiendo, gritando en grafito las miles de voces que nadie quiere oír. Como las olas enormes del océano que no dudan en voltear las embarcaciones, en devorarlas y escupir luego los restos a la playa. Como el aire que oxida los aceros e inutiliza las herramientas. Martillos que golpean las cabezas de los convencidos. Molinos de carne triturando los cadáveres que servirán de alimento. Máquinas que recorren las calles con sus luces rojas y azules, con sus ruidos de mujer llorosa e inconsolable. Santos que lloran sangre subidos en pedestales de piedra milenaria. Relámpagos de cielo limpio, de cielo inhabitado, de nubes inexistentes. Caballos que desfilan sobre las ruinas de los templos, sobre las cenizas de los muertos, sobre las cruces de los condenados. Grillos de crepitar eterno, de violines desafinados, de rechinar de dientes. Como la mirada de aquel a quien le hemos negado el saludo. Como las cuencas vacías de los ojos de la muerte. Se llama rabia y ha infestado el mundo.

El gordo se llama Díaz. Al menos todos le dicen así. Atiende la morgue y es un pendejo. ¿Necesito saber más? Creo que no. Me he cansado de esperar. Entraré ahí antes de que se me escape. No lo puedo permitir. Esta noche no. Espero que Díaz no me dé problemas. Sólo he venido por el otro. El viejo. Voy a entrar.

Las primeras veces a Díaz le daba curiosidad saber qué hacía el hombre aquel con los cuerpos del depósito. También se preguntaba cómo ese hombre se enteraba casi de inmediato de que llegaban al depósito cuerpos de mujeres hermosas sin identificar. Se quedaba largos ratos observando a través del ojo de buey de la puerta del salón de autopsias lo que el forastero casi mudo hacía encima de las planchas. Nunca tuvo paciencia para ver el final. Casi siempre se aburría, o se cansaba de estar tanto tiempo parado sobre las puntas de los pies dado que su estatura no le alcanzaba para ver de manera natural a través del agujero circular. Lo más que llegó a ver fue al hombre que comenzaba a desnudarse. En ese momento, Díaz tomaba entre sus dedos el crucifijo que su madre le había regalado años antes, mientras con la otra mano no podía reprimir el acto reflejo de persignarse. Hasta ahí llegaba su voyeurismo. Lo que seguía al ritual de quitarse la ropa creía saberlo, o más bien, se resignaba a imaginárselo. Fue por eso que nunca vio al hombre devorar los corazones de las mujeres muertas. Tampoco se hubiera enterado si tomamos en cuenta que todos esos cadáveres no identificados iban a parar al incinerador si nadie los reclamaba. ¿Quién iba a echar de menos un corazón?

Encontré a Díaz detrás de su escritorio. De entrada creo que mi presencia y mi aspecto le sorprendió. Nunca había visto nada como yo. La cicatriz de mi rostro se reflejaba claramente en un espejo que estaba sobre la cabezota de Díaz. Mis manos ocultas en unos gruesos guantes de piel negra no le hubiesen infundido confianza a nadie. Me miró, creo que incluso con un poco de miedo, pero enseguida se repuso.

—Hey, tú, loco de mierda. Bonito disfraz. ¿Qué chingados quieres a esta hora?

La espada surge de la nada. Y la nada es la funda que llevo fija a mi pierna. Yo mismo forjé el acero. Hojas y hojas fundidas y golpeadas al rojo vivo con un martillo que nunca se cansó. Pensaba en este momento. Voy por uno grande.



La masa de carne flácida y grasa se desangra en el piso. Grita como un cerdo al que estuvieran castrando. Yo echo a andar por el pasillo hasta la entrada del depósito de cadáveres. Llevo la espada desenvainada. Siempre supe que, llegado el momento, una navaja sería insuficiente. Al fondo del pasillo, justo encima del letrero, una de las lámparas ha decidido que es buena hora para morir. Comienza a parpadear hasta que finalmente se queda a oscuras la entrada al salón de las planchas. Adentro, sin embargo, la luz no se ha extinguido.

Empujo la puerta batiente. Siempre la espada por delante. Avanzo con precaución. Es innecesaria. Él ya sabe que estoy aquí. Se ha vestido y me mira desde el otro extremo del cuarto. En cuanto me ve sonríe.

—Así que has sido tú todos estos años. Nunca creí que tuvieras las agallas.

Su voz me deja por un momento inmóvil. Es la misma voz que escuché el día en que masacraron a mi familia. Es la voz. (*Como el grito de un dios ebrio, pidiendo que llegue la muerte...*). Él advierte mi turbación y la aprovecha. De un salto sobrenatural evita dos de las planchas de acero inoxidable y se planta justo frente a mí. No hay transformación. Está completamente confiado en que me vencerá con la forma que tiene. Lanzo una estocada furiosa que él esquiva fácilmente al mismo tiempo que me impulsa con uno de sus brazos hacia la pared. Choco estrepitosamente y la espada sale volando. Entonces clava sus uñas en mi abdomen, me entierra sus garras y comienza a apretar.

Lo que sigue no lo puedo recordar de manera clara. El dolor y el miedo son los padres de todas las posibilidades. Nunca supe cómo llegaron mis manos a su garganta, ni cómo la navaja apareció y le cortó de un limpio tajo el pescuezo. Sólo sé que salí vivo. Sólo sé que éste era diferente a los demás. Tenía las alas completamente desarrolladas. Seguro que podía volar.

Salgo de la morgue tropezando con todo. La herida en mi abdomen ha comenzado a recordarme mi condición humana. Si no llego pronto a casa me desangraré irremediablemente. Paso junto al cadáver de Díaz. Ha dejado de gritar y en su rostro hay una paz que en cualquier día de su asquerosa vida. No reprimo el deseo de patearlo. Lo hago. Finalmente, durante mucho tiempo, fue un aliado de ellos. Y en una guerra eso no puede perdonarse. Porque esto es una condenada guerra. Y yo no estoy dispuesto a perderla.

Édgar Mora Bautista (Tlatlauquitepec, Puebla, 1976) es narrador y ensayista. Ha ganado premios entre los que sobresa-

Quizá te extrañe

Maritza Buendía

Quizá te extrañe recibir mi carta, pero es que buscando y buscando en mi memoria he vuelto a revivir las horas interminables que solíamos pasar juntas hablando bobadas acerca de nuestro futuro, de la familia que queríamos formar y del príncipe maravilloso que encontraríamos disfrazado de sapo. ¿Recuerdas? Desde entonces prometimos contarnos todo: no dejarnos guiar por la estúpida timidez que censurara nuestros actos o por la incómoda impresión de sentirnos diferentes y ya no compartir los mismos pensamientos. Tú en tu mundo y yo en el mío, de eso ni qué hablar, desde que dejamos la escuela nos fue imposible volver a compaginar nuestras vidas. Pero las promesas siguieron en pie: perder la virginidad lo más pronto posible, precipitarnos, concretar nuestros impulsos. Todavía ahora recuerdo aquella carta donde me hablabas de tu último triunfo: habías ganado en cuanto al primero de nuestros objetivos. Tu carta fue dulce, enternecedora. Aún la guardo entre mis papeles importantes y de vez en cuando la releo: apenas tenías trece años, dos años después de tu primera menstruación, y tus piernas adolescentes ya temblaban de frío.

¡Ah!, amiga, pero lo que quiero contarte es otra cosa; es una obsesión que me quita el sueño y las ganas de comer, que me impide incluso pensar con claridad y que me arrebatara tontos suspiros desde lo más hondo de las entrañas. Por esa obsesión incluso a ti te he descuidado, ¿sabrás perdonarlo? Lo recuerdo, sí, prometimos jamás enamorarnos, no dejarnos seducir por la fragilidad de un discurso lacrimógeno ni por la belleza de las flores. Pero a decir verdad, ni siquiera estoy segura de sentir amor, creo que en todo caso es algo mucho más profundo, mucho más violento. Estoy enamorada del deseo que despierto en él, de sus ojos cuando me miran, de sus manos.

Quizá, para defender mi imagen que seguramente empieza a mancillarse, debo recordarte, amiga, que he conocido a innumerables hombres, que los evocarás si lees alguna de mis cartas y que, por lo menos, en eso no te he fallado. En cuanto a lo demás, he seguido religiosamente cada una de las reglas de nuestro pacto: no pensar en las consecuencias, amar nuestro cuerpo por encima de todo, no adjudicarnos falsas aventuras, encontrar el gusto en la variedad y no compartir a nuestros hombres. Sí, no lo olvido: no enamorarnos era la primera regla. Y quizá tengas razón, pero no he

Este cuento forma parte del libro *En el jardín de los cautivos* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2005), por el cual su autora recibió el Premio Nacional de Cuento Joven Julio Torri 2004.

podido evitarlo. Y aunque me reproches que escribo un lugar común, de cualquier modo lo escribiré: con él todo ha sido diferente, como si en nuestro mundo predestinado e inalterable un genio perverso nos diera una vuelta de tuerca e invirtiera los papeles. Ya lo sé, tú lo dirás: yo, la más soberbia y triunfadora de tus amigas, la que nadie podía domeñar, se encuentra ahora idiotamente amordazada.

Pero en lo demás, amiga, ten la seguridad de que nunca te he fallado. A veces creo que fuimos demasiado rígidas al establecer nuestros preceptos, y que algunos de ellos, con el tiempo, se vuelven insostenibles. Y no es porque carezca de valor para mantener nuestro juramento: tú principalmente eres testigo de cuánto trabajo me costó renunciar a ese hombre que tanto te gustaba, y que muy astutamente pretendía tenernos a las dos al mismo tiempo en la misma cama, en aquella desvencijada cama de nuestro departamento. Yo no lo acepté porque tú lo habías visto primero, y en eso me llevabas ventaja. Yo no podía cambiar lo sucedido, debía acatar tu decisión: alejarme de él lo más pronto posible. Lo hice y así surgió una regla más: sólo compartiríamos un hombre si la primera en haberlo visto así lo decidía. Y de eso quiero hablarte.

Hoy lamento profundamente el tiempo mal invertido. ¡Cuánto desperdicio! ¡Cuánto hubiéramos aventajado en esos días! Tal vez de esa manera habría aprendido a defenderme mejor, a proteger mis sentimientos atrás de una coraza fabricada con mi piel y a ofrecer mi carne sin la médula. Pero es que con él todo empezó como cualquier otro juego: involuntaria e inocentemente, similar a nuestras confianzas llenas de curiosidad y a la descripción detallada de cada uno de nuestros encuentros: ¿a qué huelen nuestros amantes? ¿Cuáles son sus fantasías? ¿Y las nuestras? ¿Cuántas concretamos?

Con él he compartido cada uno de sus vaivenes, y él me ha amado por mi accesibilidad. Yo, la más inteligente, he vivido para complacerlo. Y lo he disfrutado tanto, que he estado varias veces al borde de la locura. Y es que sus fantasías sobrepasan en mucho las fantasías de los hombres comunes: nada de fetichismo con la lencería, nada de hacer el amor con cinco cuerpos a la vez, nada de verme besando a otra mujer. Nada de eso, nada. Tú lo sabes: el orgasmo de un hombre inteligente es en extremo complejo y no siempre se presenta con facilidad. Incluso, a veces, parece ahuyentarse por varios días. Y entonces, durante ese tiempo, ¡cómo he sufrido y me he deplorado a mí misma, odiando la complejidad de su cerebro y creyéndome la más infeliz de todas las mujeres!

Quizá, ahora que lo escribo, empiezo a darme cuenta de las cosas. Su inteligencia es un arma perversamente adorable que lo sitúa por encima de los demás, dándole ese aire de suficiencia, de dominar el mundo, de dominarme a mí. Ése es uno de sus encantos: su soberbia, esa manera de mirar el mundo por debajo de los hombros, esa mirada suya con la que me ordena.

¡Ah!, amiga, tan sólo su recuerdo me llena de placer la boca. Pero no me distraigo más. El juego es el siguiente. Yo, sola, salgo a caminar por las calles de la ciudad, preferentemente por las tardes, a esa hora extraña que no puede ser de día ni de noche y que las más de las veces suele ocasionar confusión. Caminando entre in-

numerables callejones, transitando por la misma acera más de una vez, debo registrar con cuidado las miradas que caen sobre mi cuerpo. En especial, aquellas que se detienen en mis piernas. “Debes dejar que te miren”, dice él, y me asegura que el sexo del otro es por completo intrascendente: no importa si atrás de unos ojos descubro hormonas masculinas o femeninas. Importa, en exclusiva, el calor de la mirada o, más concretamente, la sensación que experimento cuando un par de ojos anónimos se depositan encima de mi cuerpo. “Lo que sientes, lo que sientes.”

Ése es el juego, la fantasía: salir cada tarde, llegar con él y describirle las miradas del día. Y todo lo hago religiosa y detalladamente, tal y como él lo exige. Incluso, como inundado por una vocación ilimitada o iluminado por un don, la mayoría de las veces él se adelanta. No es necesario que yo haga el recuento de las miradas, pues al desvestirme adivina los ojos que me vieron: “Hoy tenemos miradas sagaces. También, miradas de perdedores.”

Al principio, sólo al principio, me sorprendieron sus requisitos y la lujuria que emanaba de su boca al enumerarme cada una de sus condiciones. Siempre que saliera a la calle debía vestir según sus mandatos: una falda o un vestido de una tela suave y acogedora al tacto, como la seda, con vuelo y delicada caída, y un largo encima de las rodillas. Por ningún motivo cubrir mis piernas, ni siquiera con la fibra transparente de las medias, y sólo calzar sandalias. ¿Extraño, verdad? A mí también me lo pareció, pero luego tuvo la delicadeza de exponerme sus razones: dependiendo de la ropa se pueden adivinar los deseos de su dueña, y si una mujer usa falda es porque anhela ser contemplada.

Convendrás conmigo en mi inicial sorpresa: si las mujeres usamos falda (y recuerdo aquella enorme colección que guardábamos en el closet y que compartíamos) no necesariamente lo hacemos para atraer miradas, la usamos sin más, sin ninguna razón en específico, como cualquier otra prenda de vestir. Incluso, aquella vez osé pasarme de lista y dije que entonces el mismo efecto se produciría si usaba una blusa de mangas cortas, ya que al mostrar los brazos o los codos podría sentirme igual de desnuda que con una falda. Pero, amiga, aún ahora conservo en mi memoria su rostro decepcionado: para los hombres una falda no significa lo mismo que una blusa, no es lo mismo deleitarse con la





flexión de un codo que con la flexión de una rodilla. Para ellos, ni siquiera un pantalón ajustado (y a decir verdad, para mí tampoco) hace las veces de una falda: el muslo, la pantorrilla, el pie, sólo pueden paladearse cuando están desnudos.

Entonces, amiga, cada tarde a la misma hora inicio mi recorrido. Me gusta pensar que colecciono miradas como si recopilara sensaciones. Hay miradas que queman, como si un cerillo se encendiera en la planta de mis pies y avanzara lentamente por mis muslos y mi vientre, iniciando una gran hoguera. Hay miradas que lastiman, que al parpadear descubren el juego al que las someto y que me cuestionan. Miradas irreverentes, groseras, que las más de las veces se acompañan de majaderías y de obscenidades. Que taladran los senos y el vientre con un certero golpe, penetrándolos para bombear la sangre adornada y llenarme el rostro de vergüenza.

Seguro, amiga, tú también conoces estas miradas: esos ojos desorbitados y lascivos, esas lenguas que desbordan la boca para apuntar hacia abajo, para mostrar el esplendor de un bulto que se expande y se agita entre la tela del pantalón. Ante esas miradas, amiga, incremento el juego, y frágil e indefensa me finjo expuesta a sus ojos interrogantes.

Por supuesto, hay miradas terciopelo, suaves, cándidas, como si la caricia de una mano firme recorriera mis tobillos. Y es que sabrás que hay de miradas a miradas: desde los ojos que pasan con rapidez y que casi desecho en seguida porque no producen un mayor efecto, hasta las miradas deliciosas, las que se detienen en los muslos y golosamente hacen el recorrido hasta la cara. Miradas que engullen todos mis fluidos, que exprimen el jugo que llevo dentro, deseando hundir su rostro entre mis piernas.

Estas últimas son mis preferidas: además de la sensación de agua refrescante, de brisa salpicada, casi siempre se acompañan de los más lindos elogios. Y al igual que como ven, yo misma me disfruto. Enardecidamente, me deleito en las miradas cual si fueran golosinas.

Después de mi recorrido, regreso. Él, casi sin hablar, me desviste de inmediato. Me observa, y con sus ojos descubre los ojos que vagaron por mi cuerpo. Insisto porque me sorprende: él adivina la tesitura de las miradas, lo hondo que han calado en mi piel. “Miradas glotonas, miradas hambrientas”, reconoce. Y me estruja y me absorbe para filtrar a su cuerpo el deseo de cientos de hombres y de mujeres. Y se restriega contra mí para comerme. Mas él lo comprende: las miradas permanecen en mí tan sólo para él. Y es a esa última mirada a la que yo me entrego, la que me devora en la brevedad de un parpadeo. La mirada única, la que finalmente me enloquece y nos tumba encima de la cama.

Pero amiga, amiga mía, debo confesarlo: al mismo tiempo en que mi cuerpo se fundía en la calidez de nuestro abrazo, el placer comenzó a mostrar su lado más obscuro. Primero, fue un periodo corto, tal vez por eso preferí ignorarlo. De pronto, era receptora de miradas egoístas que buscaban reservarme para él. “Ni una mirada extraña”, gritó un día en la mañana y, reacio a dejarme salir, por más de dos días consecutivos me mantuvo encerrada bajo llave. Yo no protesté ni dije nada. ¡Cómo hacerlo! ¡Cómo contravenir sus deseos! Y así como sin previo aviso clausuró nuestro juego en una excesiva dosis de avaricia, así también le dio reinicio. Asombrosamente, cambió de opinión: exponiéndome más todavía él podía acumular mejores riquezas. Y abrió la puerta para dejarme ir.

¡Cuánto esfuerzo por ofrendarle un ramillete nuevo de miradas! ¡Cuánto agotamiento en conseguirlas! De entre todas las recibidas aquella tarde, yo le llevé una en especial: una mirada aromática, como de fruta madura, olorosa hasta los huesos. Al pasar por mi calle preferida pude distinguirla por su aroma corriendo ricamente a lo largo de mi espalda. Alguien seguía mis pasos a una corta distancia. Fue una mirada descubrimiento: sin saber quién era el dueño me supe admirada al percibir un hormigueo bajando por mi columna vertebral. Hormigas quebrando mi cintura y ensanchándose alrededor de mis caderas. Hombre o mujer se deleitaba entre mis glúteos, dividiendo en dos mi espalda. Y así, partida y feliz, recibía el elixir de su aliento muy cerca de mi oído y mi garganta.

A esa mirada, amiga, él tampoco pudo resistirse, y la noche entera me mantuvo boca abajo.

¡Ah! ¡Cuántos suspiros se ahogaron en la almohada! ¿Cuántos? No lo recuerdo. Responde, amiga, ¿tú lo sabes? Dime si son los dioses los que cambian el curso de los acontecimientos. Dime si son los dioses tan ladinos y egoístas, que al observar el goce de los mortales ciernen en ellos la crueldad y la envidia.

Entonces apareció un nuevo indicio: su oscilación entre la tristeza y el abatimiento, entre la irritación, como si ansiara algo de mi cuerpo que yo no pudiera ofrecerle, pues ni siquiera era capaz de explicarlo. Y de nuevo sus miradas egoístas. Celoso e irracional, comenzó a sospechar de la autenticidad de las miradas depositadas en mi cuerpo. ¡Como si yo pudiera inventarlas! Su seguridad, la soberbia, su aura tan especial que tan idiotamente me había enamorado, ahora se tambaleaba: me deseaba sólo para él, le era imposible verme con la mirada de los demás.

Al poco tiempo, su deseo se hizo descomunal y estrambótico: capturar todas las miradas (las presentes, las pasadas, las futuras) en una sola y evitar que alguien volviera a contemplarme. Ése era su objetivo. Difícil empresa, insostenible. Y el saberlo lo sumergía en profundos estados de depresión: pasaba los días y las noches sin bañarse y sin comer, ojeando sus revistas para caballeros, ignorándome. “Si al menos fueras como ellas”, parecía decir.

Luego, amiga, las consecuencias: comenzó a descuidarme.

Paradójicamente, ése fue uno de los periodos en que recibí el mayor número de miradas y cuando experimenté una nueva sensación: las miradas musicales. Alegres o melancólicas se encajaban como espinas perfectamente localizables en la superficie

de mi piel, en lo más blando, haciéndome bailar al ritmo de una música fantasma enterrada adentro de mis sueños, centímetros abajo de mis nervios y tejidos.

Él se volvió irascible y fui rechazada de la manera más cruel: nunca ya sus ojos en mi cuerpo, justo cuando yo rebosaba de miradas. Me desvestía con violencia: arrancando mi ropa a tirones, no descansaba hasta dejar la tela inservible, y cuando por fin mi cuerpo era descubierto, sus ojos me evitaban, desvaneciéndome, borrando mi reflejo en sus pupilas.

He sido feliz, amiga, inmensamente. No, debo expresarme con mayor claridad: ya no soy feliz y por eso te escribo. El juego lo tiene harto y ya ni siquiera busca tocarme. Me ve como si hubiera hecho las cosas mal, como si en algo hubiera fallado o desobedecido las reglas. Pero no es así.

El otro día tuvo a bien apiadarse de mí y casi reaparece nuestra antigua complicidad, la vehemente complicidad recién perdida. Yo lloraba, amiga, no pude evitarlo, una lágrima atrajo a la otra y mi cuerpo se convirtió en cascada de mis ojos. Fue entonces cuando escuché su sentencia: “Debes buscar algo nuevo, algo que imprima novedad... Estoy cansado de tanto verte. A ti, a ti sola. A ti siempre... Estos días he estado aburrido.”

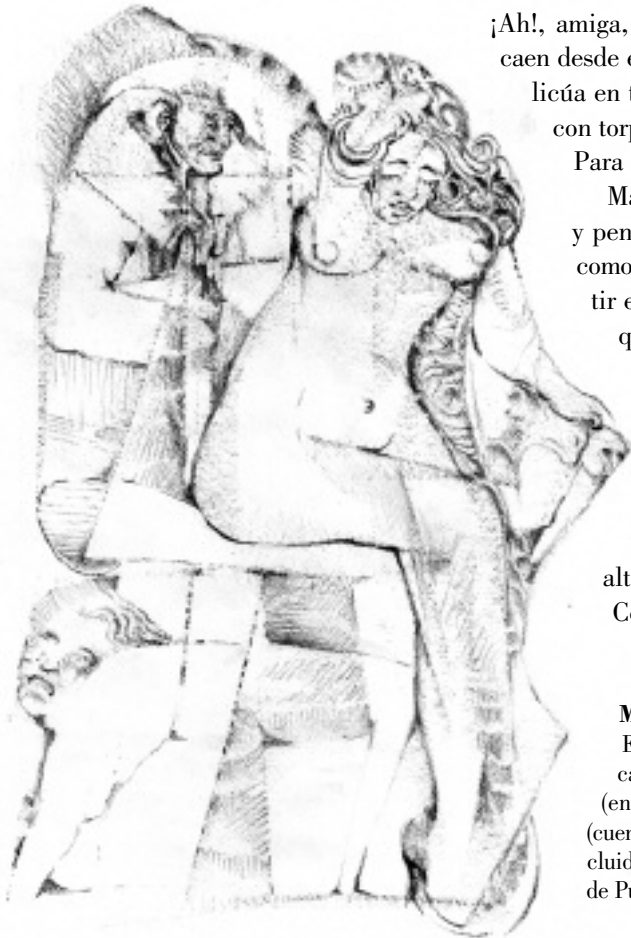
¡Ah!, amiga, cuando el ser amado se declara aburrido toneladas de plomo caen desde el cielo, y el agua más helada te azota la espalda, y la sangre se licúa en tus venas, y las manos y los brazos y el cuerpo todo se deshace con torpeza. No puedes imaginar tanto dolor y yo no puedo describirlo. Para él, yo era sinónimo de pereza.

Mas recordarás que jamás me he vencido a la primera, y pensando y pensando en alguna posible solución te he invocado, y a ti recurro como mi última esperanza. Apelo, amiga, a nuestro pacto: no compartir el mismo hombre a menos que la primera en haberlo visto así lo quiera. Y yo lo deseo, amiga, enormemente. ¿Podrías ayudarme? ¿Quitarte las medias, ponerte una falda, abordar un camión, un taxi, y caminar por la calle para recolectar miradas? Yo te estaría esperando para que juntas llegáramos con él y le ofreciéramos así un doble festín de miradas. Juntas inventaremos nuevas cosas, como las mujeres de sus revistas.

Me urge encontrar un giro, burlarme del egoísmo de los dioses, alterar las normas, no pensar las consecuencias.

Como antes, amiga, como siempre. ❶

Maritza Buendía (Zacatecas, 1974) es narradora. Fue becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes y de la Fundación para las Letras Mexicanas. Ha publicado en revistas literarias y es autora de *Isla de sombras* (ensayo, Gobierno del Estado de Querétaro, 1998), *La memoria del agua* (cuento, FETA, 2002) y *En el jardín de los cautivos* (cuento, FETA, 2005). Fue incluida en *Moscas, niñas y otros muertos. Antología de cuento joven* (Ediciones de Punto de partida, 2004).





Concurso 37

Cuarta entrega

2ª serie centro / Segundo premio en fotografía

Cipactli Meneses Uribe / Artes Plásticas

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”

Jurado: Javier Hinojosa, Francisco Kochen

Sobre la prudencia de las grietas / Segundo premio en ensayo

Julián Etienne Gómez Baranda / Letras Hispánicas

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Jurado: Héctor Perea, Luis Felipe Fabre

Malestar / Mención en cuento

David Pruneda Sentfies / Lengua y Literaturas Modernas (Inglesas)

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Guillermo Samperio, Anamari Gomís, Andrés Acosta

Crónica de un andariego / Segundo premio en crónica

Raúl Gerardo Orrantía Bustos / Lengua y Literaturas Modernas (Italianas)

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Emiliano Pérez Cruz, Marco Lara Klahr

2ª serie centro

Cipactli Meneses Uribe

ESCUELA NACIONAL DE PINTURA, ESCULTURA Y GRABADO "LA ESMERALDA"



Análoga manipulada por proceso mixto de solarización, 22.6 x 16.5 cm



Análoga manipulada por proceso mixto de solarización, 15.5 x 23 cm



Análoga manipulada por proceso mixto de solarización, 16 x 23 cm



Análoga manipulada por proceso mixto de solarización, 16 x 23 cm



Análoga manipulada por proceso mixto de solarización, 16.5 x 23 cm

Sobre la prudencia de las grietas

Julián Etienne Gómez Baranda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA

*...más que las ciudades durará
la luz en la que son visibles.*

Tomás Segovia

I.

A menudo, preguntas absurdas nos persiguen e intrigan. Sucede que la curiosidad ociosa, propensa a divagaciones pueriles, se rinde con facilidad al canto de tales interrogantes. Cuando recorro cualquier playa invariablemente descubro figuras de arena, pequeñas artesanías de niños pacientes e imaginativos. Las representaciones varían, pero entre ellas aparecen con regularidad castillos y fuertes. ¿Por qué los niños no eligen un edificio común y corriente? ¿Por qué en sus construcciones enfatizan la muralla que los circunda?

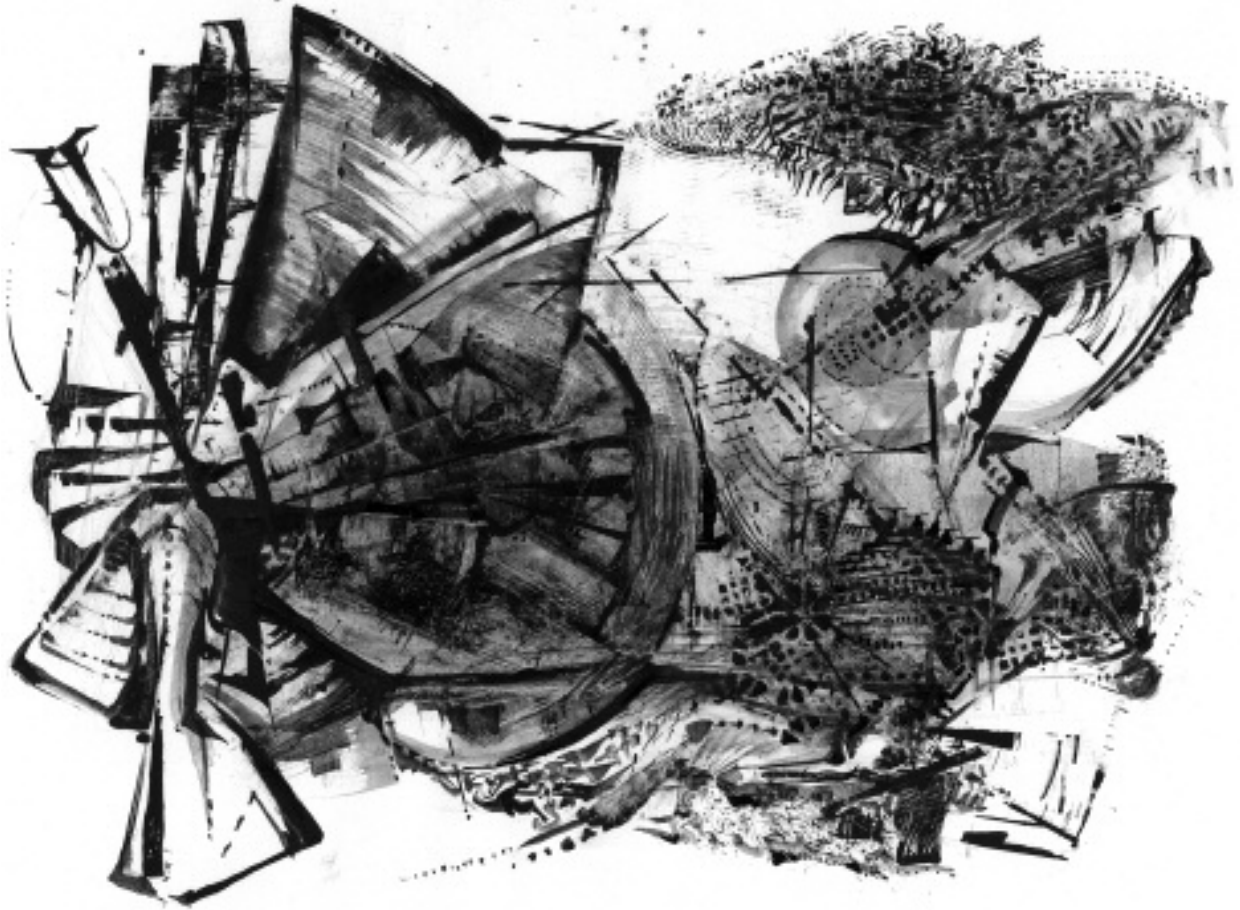
Los muros, en sí, no representan nada aunque inexplicablemente conseguimos encariñarnos con alguno. Basta un balón para que nos secunde en el juego o una noviecilla de moral distraída para que, cómplice, encubra nuestras caricias perezosas y torpes besos. Pero no pasa lo mismo con la muralla. Y los niños entienden de límites. Saben de las implicaciones de una barda, muralla miniatura, y la trasgresión que acompaña el hecho de saltársela.

Las fotografías de Weng Fen muestran la naturaleza desafiante de esa acción. Me he cruzado con *Sitting on the Wall* en dos ocasiones. Una niña uniformada ha dejado la pesada mochila con sus libretas escolares al pie de un muro. La vemos a caballo sobre el borde,

sentada casi de espaldas, sin conseguir mirar su cara. Imagino que observa con templanza el panorama y menosprecia la soberbia verticalidad de una ciudad hecha a escala sobrehumana.

Justo antes de cumplir dieciséis años viajé con el resto de mi familia por primera vez a Europa. He olvidado el nombre de quien nos atendió en Roma, una poblana elegante, bella e inteligente que trabajaba con el embajador de México en el Vaticano. Recuerdo particularmente la basílica de San Pablo Extramuros. Al principio pensé que se trataría de un templo al aire libre, pero al constatar mi equivocación acudí —con cierta pena— a la señorita poblana en busca de una explicación. “Así se llama —me dijo— porque se encontraba fuera de la ciudad.” El significado de esta circunscripción resulta difícil de entender a los habitantes del Distrito Federal, tan acostumbrados como estamos a su inescrutable continuidad, a esa pulsión exponencial que boicotea cualquier hito perimetral, así sea el cauce de un río.

En la antigüedad, en cambio, el mundo se sostenía sobre cuidadosas delimitaciones: la muralla trazaba los lindes de la ciudad, la ecúmene los de la civilización y la *Geografía* de Ptolomeo los de la Tierra. Podemos seguir la pista de esa esfera cerrada hasta bien entrado el medioevo. Ambrosio Lorenzetti, pintor del *trecento*, vertió en su *Vista de una ciudad* ese sentir. Cada ciudad, como escribe Italo Calvino sobre Despina, recibe su forma del desierto al que se opone. Los desiertos de la ciudad incógnita que pinta el maestro sienés —agua salada por un costado y tierra agreste por el otro— la empujan con el furor de las placas tec-



tónicas que paren cordilleras. En la deficiente reproducción gráfica que conozco, junto a la línea costera se levanta abruptamente una urbe medieval de edificios apiñados y numerosas torres que descuellan sobremanera. Una muralla dentada la protege con bastiones en cada uno de los vértices que conforman su figura asimétrica.

El distorsionado volumen del conjunto es fruto de la aún imperfecta percepción, pero también puede tomarse como una metáfora del enclaustramiento de la época, una cerrazón cuyo epítome encontramos en el arquetipo del castillo. Su puerta disimulada contrasta con las entradas de las ciudades clásicas que le antecedieron y las ciudades burguesas por venir. Detrás de la transición entre su arquitectura ensimismada y la propia de los palacios renacentistas que lo sustituyeron, yacen los cambios que trajo consigo la modernidad.

II.

En el transcurso del tiempo los exégetas bíblicos interpretaron el mito de Babel en términos de la condición humana. Un estudioso alemán del siglo pasado consideraba la catástrofe de Babel como una réplica a nivel político de la expulsión del Paraíso. En este caso se trataba de la expulsión de otra unidad: la del consenso. La interrupción de la torre revelaría así la ausencia de una tarea común a todos los hombres. Peter Sloterdijk ha imaginado una revisión gnóstica del mito perdida bajo las arenas egipcias donde se dice que Dios habría cambiado de opinión y conducido a su pueblo, con la orden expresa de proseguir su tarea interrumpida, de nuevo hasta Babel. Esta versión supondría la existencia de un Dios perverso; sólo tal divinidad podría caer en la cuenta de que no se humilla

tanto al hombre con la dispersión como con el encargo de la reunificación. La historia de la humanidad constituiría la cronología de sus fracasos en el cumplimiento de tan pesada encomienda. La diversificación lingüística impuesta y la consecuente disgregación del pueblo en tribus mutuamente ininteligibles, trasladarían aquel original ímpetu edificante a un frenesí por la delimitación horizontal.

En un cuento de Kafka, el narrador hace referencia al libro de un notable letrado en el cual se demuestra que si la torre se malogró no fue debido a la falta de aprobación divina, sino a lo débil de sus cimientos. Nuestro narrador hablaba con conocimiento de causa. Había participado en la edificación de la muralla china. No era un simple obrero. Dedicó sus estudios a la arquitectura. Quinientos años antes de que comenzara la obra, la albañilería había sido proclamada en China la más importante de las ciencias. Todas las demás disciplinas eran reconocidas en cuanto se relacionaban con ella. Alzar una defensa inexpugnable requería la edificación más escrupulosa, una responsabilidad que no podía recaer sobre los hombros de jornaleros ignorantes. La suya fue una educación concebida para asegurar esa magna empresa. Ya su temprana dedicación alcanzaba grados inimaginables:

Recuerdo todavía que nosotros, niños tambaleantes aún, nos juntábamos en el jardín del maestro para levantar con piedrecitas una especie de muro, y que el maestro se remangaba la túnica, arremetía contra el muro, lo hacía naturalmente pedazos y nos vociferaba tales reproches por la fragilidad de la obra que nosotros huíamos llorando en todas direcciones en busca de nuestros padres.

El capataz se pregunta por el empleo del método de construcción parcial utilizado en la muralla. Una cuadrilla integrada por veinte personas edificaba quinientos metros, mientras otro grupo hacía lo mismo en dirección contraria. Al cabo de cinco años terminaban por encontrarse en los extremos internos de los trozos bajo su respectiva responsabilidad. Con una fiesta se celebraban los mil metros ejecutados y, después, ambos grupos eran destinados a otras regiones para repetir la

operación. Fuerza era proceder de tal modo. La concreción de cada etapa dejaba a los capataces exhaustos y sin confianza en sí mismos: la impaciencia de ver terminada la obra los consumía. Sin embargo, esa explicación que antaño tenía como cierta ya no lo tranquiliza. La Dirección podría haber superado esa dificultad. Por qué razón abandonaron sus hogares, sólo la Dirección lo sabe. La Gran Muralla fue diseñada para defendernos de los pueblos del norte, relata en su informe, pueblos que no conocemos más que en historias antiguas y figuras pintadas. ¿Para qué preocuparse de los bárbaros, diría H. M. Enzensberger, si los bárbaros ya están adentro?

III.

Yo hubiera sido chino o japonés. Hace casi veinticinco años, mi padre fue electo diputado por el ahora extinto Partido Socialista de los Trabajadores. En aquella legislatura formó parte de la Comisión del Distrito Federal y tuvo la fortuna de participar en una gira por Pekín, Shanghai, Singapur y Tokio, para conocer de primera mano cómo enfrentaban las megalópolis su propia modernización. Antes nadie se escandalizaba con esa clase de viajes y tampoco con que sus consortes los acompañaran. Mi madre esperaba gemelos y decidió quedarse. A los pocos días fue internada en el hospital y quedó inmovilizada durante un mes entero. Mi hermana y yo nacimos semanas después. Hubiéramos tenido los ojos rasgados, bromean en casa. Aún guardamos las fotografías de su “expedición”. Atesoro con mayor interés aquellas donde mi padre aparece sobre la muralla china. Hace tiempo le rogué que describiera las impresiones de cuando la observó por primera vez. Mencionó, como sin ganas, el apabullamiento. Nada más. Hemos leído los testimonios de inmigrantes al atisbar la estatua de la Libertad o minuciosas reconstrucciones de milenarias ciudades en crónicas de viaje. Con esa vara atendía su respuesta. Para mi insatisfacción. No lo culpo. Sucede así con las maravillas. ¿Acaso la monumentalidad es motivo justo y suficiente de asombro? ¿Podemos admirarla

disociándola de Shih-huang-ti, el terrible emperador que ordenó su construcción? Pienso que no, mientras miro las fotos que atesoro de mi padre sobre la muralla china y se me ocurre que hay algo intrínseco a todas ellas: su fatal obsolescencia.

Fabio Morábito ha escrito un libro exquisito sobre su estancia en Berlín. Y ha hecho lo inimaginable: hablar del muro sin hablar de él. No aparecen Kennedy, Krushchev, Ulbricht o Adenauer. La literatura cala más hondo que la política y la historia. En el capítulo donde lo aborda dedica un apartado a su “inexistencia”. “Como se sabe —escribe—, cuando se construye un muro la prudencia aconseja deslizar una grieta para estar seguros de que caerá tarde o temprano.” De Troya a Constantinopla, pasando por la Muralla de Adriano en Inglaterra y el Muro de la Ignominia en Israel, encontramos un recuento de sus respectivos fracasos. Las paredes estorban pero no detienen.

Existen vestigios de murallas que datan de hace cuatro mil años. Hoy creo pertinente echar un vistazo a Europa. Cuando se acordó establecer una moneda común inmediatamente comenzó la discusión respecto a su diseño. En 1996, el Banco Central Europeo convocó a un concurso para seleccionar los billetes que constituirían en adelante el papel moneda de la Unión. Durante unas vacaciones de navidad visité Bruselas. Caminando en búsqueda de la catedral de St. Michel me topé con la antigua Casa de Moneda. Un cartel anunciaba la exposición de los diseños finalistas. Mis dientes tiritaban por el frío. Confieso que pagué por la calefacción. El recorrido, sin embargo, propició gratas sorpresas. Había varias propuestas de corte naturalista y botánico. Otra, la más atrevida, recurría a las corrientes pictóricas de vanguardia. El ganador fue Robert Kalina, un empleado del Banco Nacional de Austria que diseñó los últimos chelines impresos por el gobierno de su país. Sus billetes llevan en el anverso modelos de ventanales y arquerías. Del otro lado, como seña de los nuevos tiempos, aparecen varios puentes: del típico modelo romano hasta el recién estrenado ejemplar que une a Rio y Antirio sobre el Golfo de Corinto.

Tender un puente implica la voluntad de salvar distancias. Aunque no las altere, dos puntos unidos por



un puente se acercan; la lejanía, ya por un efecto visual, ya por uno psicológico, se reduce cuando el hombre prolonga el camino que anda sobre los accidentes del terreno. Mientras que erigir un muro posee algo de fundacional, de trazar un orden que resguarde o separe, erigir un puente traiciona el orden impuesto, natural o humano. El puente destruye la autonomía, sí, pero liga insularidades y eso nos libera del enclaustramiento.

No es un exceso afirmar que la Europa nueva surgió de la erección de puentes sobre sitios donde antes se encontraban muros. Esa voluntad constructiva y constructora sustituyó el relato del rencor por el del porvenir común. Desprovistos de esperanzas compartidas, los pueblos enfrentados se enfilan hacia su mutuo aniquilamiento. La convivencia podrá ser para algunos fatigosa, pero su ausencia será, para todos, fatídica.

IV.

Quizá los niños erigen sus murallas de arena con tanto ahínco, una y otra vez, sólo para repetir la experiencia^P

Malestar

David Pruneda Senties

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Better a sick heart than none.

Samuel Beckett

Los vasos sanguíneos reventados debajo de la piel lo teñían de púrpura; pequeños puntos más oscuros que el resto del moretón salpicaban la superficie rodeada de un mar hecho de leche. Era inútil buscarle una forma a aquella violenta mancha en el costado izquierdo de su cadera; era redonda en su mayor parte, pero en dos sitios un par de protuberancias rompían la armonía de la silueta.

Lo tocó con dos dedos de la mano izquierda, sintió la inflamación; hundió lentamente los dedos en el bulto de su carne. Inmediatamente, una sensación tan fría que quemó su piel le nubló la vista. Tardó un segundo en retirar la presión.

Su mano empezó a recorrer la esbelta cintura, subiendo lentamente hasta los senos también amoratados; uno de los pezones estaba casi negro, el derecho. Dos pares de surcos delgados penetraban tanto en la parte superior de la areola como en la inferior. Prefirió no tocarlos.

El piso del baño se enterró en las plantas de sus pies como miles de agujas heladas. Retorcía los dedos; uno tronó. Su cuerpo desnudo frente al espejo parecía una estatua de mármol después de haber llovido. Gotas de agua poblaban gran parte de su piel y pequeños arroyos corrían desde su cabello hasta los senos, deteniéndose en el pliegue de sus bases.

Miró su rostro en el espejo el tiempo suficiente para dejar de reconocer su propia cara; por más que intentó verse directamente a los ojos, le resultó imposible lograrlo. Tenía un derrame en el ojo derecho que volvía roja, casi marrón, gran parte de la esclerótica. El pómulo, hinchado.

Se dio vuelta y vio el reflejo de su espalda manchada. Contorsionó el cuerpo y casi pudo sentir cada uno de los impactos; las escápulas se desplazaron debajo de su piel como un par de placas tectónicas.

La regadera goteaba, como siempre.

—Bien, trabajando—, suspiró.

—Qué bueno, salúdame mucho por favor, luego le doy las gracias por ponerme el cortinero; ¿puedes decirle que dejó su martillo aquí?

—Sí, yo le digo.

—Gracias. Oye, te hablaba para preguntarte algo.

—¿Qué pasó?

—Anoche oí golpes y unos como gritos. No sé si venían de tu departamento o del de arriba. ¿No los oíste?

—¿Como a qué hora?

—Ya bien tarde, como a la una.

—No, yo creo que ya estaba dormida a esa hora.

—Se oyeron bastante cerca. Digo, yo pregunto porque el que me vendió el departamento dijo que era un edificio muy tranquilo.

—Hasta ahora no nos quejamos, además llevas bien poquito tiempo aquí, ¿no?

—Mañana son tres semanas.

—Vas a ver que es tranquilo.

—Oye, a ver cuándo nos tomamos un café o algo.

—Sí, claro.

—Sale pues, bueno, entonces nos ponemos de acuerdo. Gracias, vecina, perdón por la molestia.

—No te preocupes. Nos vemos.

—Bye.

Barrió la sala y el comedor, acumuló la suciedad en un montón que luego succionó con la aspiradora. Hizo lo mismo con las tres recámaras y el pasillo. Todo permaneció intacto debajo de los muebles y en las esquinas; siempre que intentó inclinarse sintió su cuerpo rígido como fibra, lo que le impidió llegar a esos lugares.

El quehacer la acaloró y se quitó el suéter de cuello de tortuga que tenía puesto. Quedó cubierta por una blusa de tirantes que dejaba ver las marcas de nudillos en sus hombros.

En su cuarto ordenó los zapatos y el cajón de ropa interior de su marido. Levantó dos argollas y una cadena color plateado del suelo y las guardó en el segundo cajón de la cómoda.

Lavó los baños. Prácticamente los limpió sentada en el suelo; cuando intentó hincarse para fregar el excusado, un hormigueo apareció en sus rodillas y fue extendiéndose hasta sus muslos, las piernas le temblaron y no pudo continuar arrodillada.

Comió una manzana a mediodía para no tener el estómago vacío hasta la cena.

El cansancio la obligó a recostarse en el sofá de la sala. Se tapó con una cobija; tenía las manos y los pies helados. Cayó dormida.

Despertó sobresaltada gracias al timbre. Volteó a ver el reloj de la sala, marcaba las cinco de la tarde.

Se puso de pie con trabajo.

—¿Quién?

—Soy yo, vecina, Carla.

Se puso el suéter y abrió la puerta.

—¡Válgame Dios, qué te pasó en la cara!

—No es nada, me dieron un balonazo de básquetbol ayer en el parque.

—Se ve horrible, ¿no te duele?

—Pasa, por favor.

—Gracias, vecina. Vine a darte el martillo y para ver si tomábamos un café.

Cogió el martillo con una mano, pesaba tanto que tuvo que ayudarse con la otra; lo puso sobre un sillón de la sala.

—Mejor lo tomamos aquí, me siento un poco mal.

—Claro, vecina, también vine por eso, es que tu marido me habló hace poquito.

—¿En serio?

—Sí, me pidió que viniera a verte; me dijo que no te sentías muy bien que digamos. Es muy atento tu marido.

—Sí. Siéntate, ahorita pongo el café.

—¿No quieres que te ayude con algo?

—No, está bien, gracias.

Fue a la cocina, llenó la cafetera con agua y sacó los filtros de la caja, al hacerlo, uno de ellos cortó su dedo pulgar, una línea escarlata del grueso de un cabello apareció en la yema. La vio, presionó los lados de la herida hasta que sintió una punzada; se llevó el dedo a la boca.

—¿Te gusta cargado o más o menos?

—Como tú lo hagas está bien, vecina— la conversación iba de la cocina al comedor.

—¿Y cómo te sientes en el departamento?

—De maravilla, todavía está un poco vacación, porque me falta colgar cosas en las paredes, pero estoy muy contenta.

—Qué gusto.

—Sí, ya era hora de tener mi propia casa.

—¿Con quién vivías antes?

—Con mis papás.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Estás bastante chica para vivir sola.

—Ya sé, lo que pasa es que ya no aguantaba vivir con ellos, los quiero y todo, pero a veces son insoportables.

—Como todos los padres.



—Y tú, ¿qué edad tienes, vecina?

—Veintinueve.

—¿Y de casada?

—Dos.

—Qué bien. Qué bueno que por fin tenemos tiempo para platicar.

—Sí.

Sirvió dos tazas.

—¿Azúcar, crema, leche?

—Leche, por favor.

Llevó las tazas, la leche y el azúcar a la mesa.

—Yo lo tomo con azúcar nada más.

—Cuando era chica yo también lo tomaba con azúcar, con mucha leche y mucha azúcar, pero poco a poco se me ha ido quitando eso.

Las dos dieron un sorbo a la taza.

—Está rico, ¿dónde lo compras, vecina?

—Aquí a la vuelta hay una cafetería, no me acuerdo cómo se llama.

—Ya sé cuál, en la esquina, ¿no?

—Ahí.

Dieron un sorbo más.

—¿No quieres nada más?

—No, gracias, nada más el café.

—¿Y de dónde habrá sacado mi marido tu teléfono?

—Ah, yo se lo di un día que me lo pidió, a la semana de que me cambié; me dijo que lo hacía porque tú se lo habías pedido.

—No me acuerdo de eso.

—Bueno, eso me dijo.

Se quedaron unos segundos en silencio.

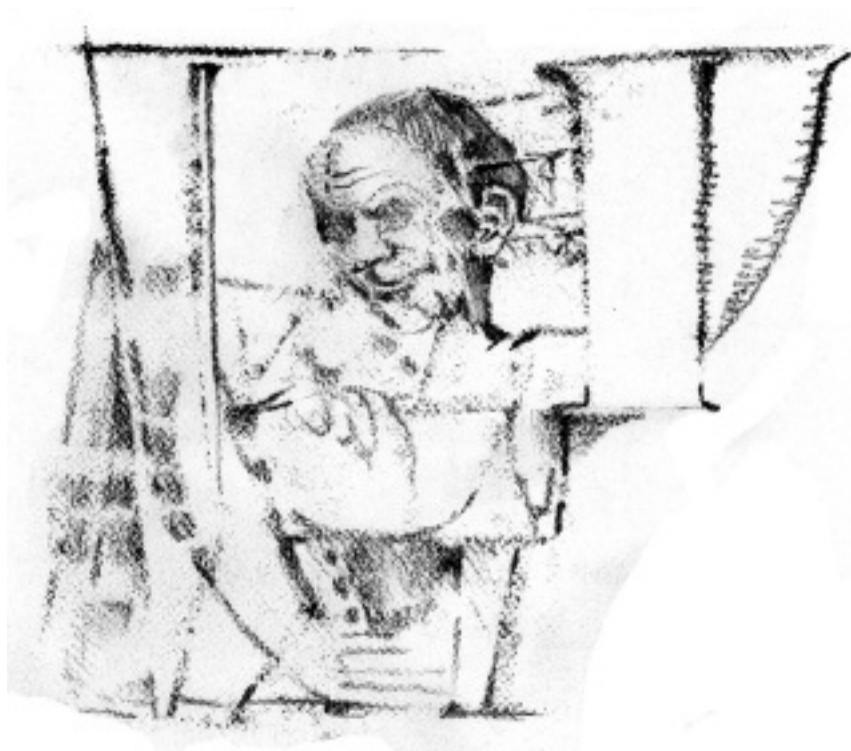
—Vecina, yo quería hablarte seriamente de algo.

—¿De qué, Carla?

—De cómo se comporta tu marido conmigo.

—¿Cómo?

—Pues siempre que me lo encuentro es muy simpático.



—¿Y qué tiene de malo?

—Demasiado simpático, diría yo.

—¿A qué te refieres?

—Pues... la otra vez, la del cortinero, empezó a coquetear conmigo, pero muy abiertamente.

—Mmmh— asintió lentamente.

—Yo te lo digo, vecina, porque no quiero problemas con nadie y menos contigo, porque sé que eres con quien más voy a tratar y me gustaría que nos lleváramos bien.

—Ya veo, gracias por decírmelo.

—¿Verdad que estuvo bien?

—Sí, claro. ¿Entonces fue muy abierto?

—Sí, muchísimo, me tocaba el hombro y todo.

—¿Te tocó?

—Sí.

—¿Y te gustó?

—¿Qué?

—Sí, que si te gustó cómo coqueteó y que te tocara.

—Pues no, al principio pensé que era de esas personas que son muy buena gente y amistosas, pero luego me di cuenta de que estaba buscando algo más.

—La verdad es que coquetea muy bien, ¿no crees?, así me conquistó a mí. Y no es lo único que hace bien...

—Pero creo que deberías ver eso, vecina. Yo te aseguro que lo voy a parar en seco, pero tú también deberías decirle algo.

—Sí, gracias, Carlita. ¿Segura que no quieres nada de comer?, de todas maneras ya voy a hacer la cena para mi marido, te puedo hacer algo a ti también. De veras, con confianza, pídemelo lo que quieras.

Se levantó de la mesa y fue a la cocina. En el camino, puso por un segundo su mano en el hombro de Carla.

—No, no te preocupes, casi nunca ceno.

—Bueno, si quieres algo, dímelo, siéntete como en tu casa.

—Gracias. Oye, también quiero decirte otra cosa.

Carla se paró y entró a la cocina; se recargó en el refrigerador.

—¿Qué pasó?

—Ya sé que no me concierne, pero también deberías hacer algo con ese golpe.

—Sí, ya me puse una pomada.

—No me refería a eso, vecina. Reconozco una trompada cuando la veo y no tienes por qué soportarlo...

—Hazme un favor, Carla... Ve a dejar el martillo al despacho, está al fondo a la izquierda, junto a la recámara principal.

—Está bien, pero en verdad tienes que hacer algo, vecina.

—Ve, por favor.

Carla tomó el martillo, fue hasta el despacho y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Y puedes traerme unos calentadores para los tobillos, por favor? Están en la cómoda— gritó desde la cocina.

Carla entró a la recámara y abrió el primer cajón de la cómoda, estaba lleno de suéteres y sudaderas.

Un sonido de llaves vino desde la puerta del departamento. Ésta se abrió y un momento después se cerró.

Desde la recámara, Carla escuchó lo que se decía en la sala:

—Hola, amor, ¿cómo te fue?

—Muy bien, guapa, ¿cómo estás?

—Bien, se ve peor de lo que se siente, ¿y tú, ya no te duele tanto?

—No, preciosa, ya sabes que yo soy de largo aguante. Anoche estuvo increíble— casi fue un susurro.

Carla abrió el segundo cajón de la cómoda y vio un par de argollas unidas por una cadena de acero y una espiral de cuero negro.

—¿Vino Carla?

—Sí, amor, está en la recámara.

—¿Tan pronto? Qué bien, fue más fácil de lo que esperaba. **P**

Crónica de un andariego

Raúl Gerardo Orrantia

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

En mi infancia fueron las lecturas maternas de *Los viajes de Gulliver* y de *La isla del tesoro* en versiones infantiles. Años después descubriría mi gusto por películas de acción y aventuras: nunca olvidaré la serie de *Indiana Jones*. Recuerdo además que mi padre me hablaba de un tal Gérard d'Aboville, quien en 1981 atravesara remando el Atlántico, y de Stéphane Peyron, cuya hazaña fue la misma, diferenciada únicamente por el empleo de una tabla con vela móvil. No hace mucho tiempo descubrí, entre libros de contabilidad y finanzas, *La odisea*, y aunque todos conocemos la historia de antemano, leerla fue una experiencia inolvidable. Así fue cómo el gusto por los hombres aventureros y decididos se asentó en mí profundamente. Por las mismas razones me enteré de la existencia de un hombre llamado Evodio Frausto Valera, nacido en León, Guanajuato, que hiciera la proeza de recorrer a pie 21 000 kilómetros para llegar de Tijuana a Buenos Aires. He aquí los hechos.

En 1939, acompañado por un amigo, Evodio Frausto Valera se trasladó a Baja California con la idea de enrolarse en el ejército francés; sin embargo, no fue aceptado. Sin trabajo ni dinero, decidió caminar hacia el sur, siempre hacia el sur, hasta llegar a Argentina. Su amigo no compartía la idea y al anochecer del 25 de febrero de 1940 se despidieron, deseándose buena suerte: Evodio había comenzado su odisea. El escaso equipaje consistía en un ánfora con agua, café molido, sal, carne seca, algunas latas, una manta, pistola y carabina, sin olvidar la cámara fotográfica. Tardó nueve días en llegar de Tijuana a Mexicali; y de allí a Sonoíta, Sonora, otros diez más. Pasó por Magdalena, Hermo-

sillo, Guaymas, Obregón, Los Mochis, hasta pisar la bella Mazatlán. En esta ciudad ya se comentaba algo acerca del aventurero, y fue recibido por el famoso pistolero Valdés, mejor conocido como El Gitano. Tras algunos días de trabajo, pues debía recaudar fondos, dejó Mazatlán. En Nayarit convivió con los coras y los tepehuantes; en Guadalajara descubrió que los periódicos publicaban crónicas de su incipiente gesta. Una vez en el Distrito Federal, abordó el tren con rumbo a Tierra Blanca, Veracruz. Días después conocería Tabasco, Campeche y Yucatán. En Quintana Roo se adentró en la selva de Kobak dispuesto a dejar el país, pero en Santa Cruz Chico, cerca de un cocotero, contrajo paludismo. Ocho meses debieron transcurrir para que se curara, sin ayuda de ninguna medicina, asistido únicamente por los oriundos. Finalmente salió del país por el pueblo de Consejo y se internó en Belice. Un año y dos meses habían pasado desde la partida en Tijuana: su fuerza física, su serenidad en momentos de completa desolación y su inquebrantable ánimo no mostraban rasgos de agotamiento, sino al contrario, siempre estaba listo para continuar la caminata.

En Guatemala fue detenido y encarcelado dos días. Tras ser verificada la historia que Evodio contaba a los guardias, fue llevado ante el entonces presidente de la república Jorge Ubico, quien lo liberó inmediatamente, deseándole la mejor de las suertes. No obstante, la historia se repetiría: en Honduras fue detenido, encarcelado dos días y una vez más fue liberado por el presidente, en este caso Carías Andino. Tiempo más tarde llegaría a León, Nicaragua, donde en un asilo siquiátrico conoció a la hermana del celeberrimo escritor

Rubén Darío. Estuvo, asimismo, unos días en Costa Rica, en la hacienda del otrora gobernador de Tabasco Garrido Canabal. En el trayecto a Panamá, al atravesar el Cerro de la Muerte, unos bandidos le despojaron de la carabina y la pistola. Las autoridades estadounidenses permitieron que Evodio cruzara el canal y, además, le regresaron las armas que le habían sido robadas. El 15 de enero de 1942 pisó tierras colombianas. Frente a él se extendía la impenetrable cordillera del Darién; sin embargo, el valiente Evodio Frausto Valera no dudó en atravesarla. El primer intento fue fallido, pues enfermó de malaria cuando cruzaba el río Bayano y tuvo que esperar dos meses para intentarlo otra vez, con buenos resultados. Arribó a Guala, localidad donde no se habla el español y, según la costumbre, debió superar la prueba de permanecer tres días sin entrar a la comunidad. Aprobado el examen, se abasteció de lo necesario y al día siguiente continuó la travesía. Amistosamente, los nativos eligieron dos hombres para que acompañaran a Evodio, pero éstos tenían la orden de desorientarlo para que no llegara al océano Pacífico, sino al Atlántico. Mas nuestro amigo no era hombre confanzudo y con pistola en mano les hizo ver su error. Seis días después estaba en la ruta correcta.

Una vez solo, agobiado por las calamidades del clima y del cansancio, divisó desde la cumbre de una montaña el archipiélago de San Blas. Inició el descenso: siete horas de caminata para regresar al mismo sitio donde había empezado, ¡estaba perdido! La exuberante vegetación no dejaba ver el horizonte; debía abrirse camino entre la espesura; el agua se había acabado; no quedaba un solo pedazo de comida. Tranquilo, como era su proceder, decidió dormir para recuperar energías e intentarlo a la mañana siguiente. Tampoco aquel día halló la salida. No le preocupaba, sin embargo, partir de allí, sino encontrar alimento y agua. Comió hojas y raíces para calmar el hambre, masticó todo en busca de líquidos, su boca estaba seca y pastosa; en aquel delirio perdió el conocimiento. Al despertar, como una bendición, halló algunas palmeras con cocos. Bebió y comió hasta saciarse, pero la salida aún estaba oculta. Un día más necesitó para descubrir campos

de cultivo, señal inequívoca de la proximidad de la población. Aquel lugar era Alicantí. Las autoridades, gente amable, lo pasearon por todo el archipiélago y lo acompañaron hasta Puerto Valdía. En el viaje conoció Santa Martha, lugar donde descansan los restos de Simón Bolívar; Cartagena, Medellín y Bogotá. Quince días permaneció en la capital antes de retomar la caminata. La primera población ecuatorial en pisar fue Tulcán. De nada sirvieron las advertencias, pues Evodio avanzó por los helados páramos y días después llegó a Quito. De allí se trasladó a Guayaquil, cruzando el Chimborazo. Del frío pasó al calor del trópico: allí donde el sol levanta ámpulas y se pega a la piel como sanguijuela para chupar toda el agua del cuerpo. En estas condiciones tenía que caminar, siempre caminar, si es que deseaba conocer Perú. Hubo de andar por las noches y descansar en las mañanas. Tardó un mes y quince días en llegar a Lima. En la capital pudo reponerse y asearse. Una vez recuperadas las energías, retomó el viaje y comenzó el ascenso a los Andes.

No cabe duda de que Evodio Frausto Valera tenía un sólido espíritu aventurero. ¿Cuántas cosas había visto en el camino?, ¿qué pensamientos pasaban por su mente en aquellos interminables momentos de soledad? Conocía ya el helado viento, el insoportable calor del trópico, mas le faltaba la nieve, asesina sigilosa.

Y no le importó que la nieve le cubriera las rodillas, caminó y caminó. Sin embargo, el clima era más duro de lo que creía: a poco menos de medio kilómetro del campamento Morococho, Valera cayó inconsciente. Pero la suerte una vez más estaba de su lado. Desde lejos, William B. Chaaf se había percatado de todo y fue en su auxilio. Él, un fortachón canadiense, era el jefe del campamento. Evodio nunca imaginó que ese hombre fuera el mismo que él ayudara años atrás, cuando era policía en el Puerto de Veracruz. El canadiense, en ese entonces muy pobre, recogía colillas de cigarro en el parque. Conmovido por tal suerte, Valera le ayudó económicamente durante varias jornadas hasta que, un día, William desapareció. Y fue por ello que el ahora jefe del campamento no dejó ir a Valera sin que antes aceptara 1 500 soles. Perturbados por los tejes de la vida, los viejos amigos se despidieron. Veinte

días tardó en llegar al Cuaco, donde conocería al otrora cantante José Mojica, que se hallaba en el convento franciscano de La Recolecta, uno de los más humildes del país. Tras sendas confesiones de sus soledades, Evodio se dirigió a Machu Picchu. Después llegó a Copacabana, primera ciudad de Bolivia; nueve días más tarde arribó a La Paz. Allí conversó con el presidente de la república, el coronel Villarroel, quien lo recibió amablemente. El 12 de diciembre de 1944 abandonó La Paz con rumbo a Ururu, donde vivió dos días junto a los mineros de las empresas estadounidenses. Evodio quedó pasmado y triste al observar las condiciones inhumanas en las que vivían los trabajadores. La Navidad de aquel año la pasó en Cochabamba, en compañía de dos ingenieros mexicanos encargados de construir una presa. Conoció, asimismo, Santa Cruz y San José de Chiquitos. Llegó a Roboré enfermo de paludismo, por lo que debió descansar seis días bajo el cuidado de un médico militar. De allí lo llevaron hasta Puerto Suárez, a orillas del río Paraguay, frontera con Brasil. Una vez en este país, caminó por Columba, Puerto Esperanza y Campo Grande. En este último punto conoció a los buscadores de diamantes, con quienes convivió

y trabajó durante seis días. Uno de ellos le obsequió un pequeño diamante que Evodio habría de vender tiempo después obligado por la situación económica. Tardó un mes y catorce días en llegar a Sao Paulo en condiciones deplorables. Fue en esta ciudad donde más entrevistas le hicieron y donde le ofrecieron más banquetes y ditirambos. Con mucha pena, pues este lugar





le había fascinado, se dirigió a Río de Janeiro, cuyo recibimiento no fue menos espectacular. Allí permaneció un tiempo y luego regresó a Puerto Esperanza.

Ya en Paraguay, el primer sitio que visitó fue Puerto Guaraní. Doce días demoró en llegar a Asunción, donde fue acogido por el presidente Moriño, quien lo invitó a un paseo en avión por todo el país. Aban-

donó Paraguay por Encarnación y arribó a Posada Misiones, tierra argentina. ¡Finalmente, después de cinco años y tres meses desde aquel día en que salió de Tijuana, Evodio Frausto Valera caminó por Buenos Aires!

El tiempo pasó. Evodio se estableció en Argentina: había conseguido un empleo y vivía bien, pero una noticia en el periódico despertó su espíritu. Un grupo de exploradores escalaría el Aconcagua. Decidió participar en la expedición, mas a última hora todo se canceló. Sin embargo, ya en las faldas del Aconcagua, se enteró de que un grupo militar había ascendido en busca de los cuerpos de los esposos Link, intrépidos alpinistas fallecidos en la cima, y resolvió alcanzarlos. El mayor Ugarte sólo le permitió subir hasta Nido de Cóndores, a 5 500 metros. Regresó contento a Buenos Aires, al trabajo. Argentina le había gustado y tal vez allí se hubiera quedado si no hubiese recibido la noticia de que su madre se hallaba enferma.

El 5 de mayo de 1946 zarpó rumbo a México. Un mes y catorce días después, Valera desembarcó en Tampico.

Aquí termina la aventura de un Odiseo mexicano, nacido con alma de acero. Muchos ya habrán escuchado esta proeza; los menos, como yo, no estaban enterados. O tal vez me equivoque y sea al revés, pues no faltan los incrédulos, cuya lista empieza con mis amigos. Para aquellos pocos que tengan duda e interés no deben ir a ningún museo o panteón, sino al viejo departamento del señor Francisco Bustos Zagal, allá en Tlalnepantla. Ahí, en un desgastado armario, junto con algunos pasaportes suyos, donde seguramente es el mejor lugar para un intrépido mexicano, descansan las casi olvidadas cenizas de Evodio Frausto Valera, muerto en la Ciudad de México el 19 de julio de 2000. ♣

Hacia la permanencia de lo fugitivo

Iván Cruz Osorio

Luis Paniagua

Los pasos del visitante

Ediciones de Punto de partida-UNAM, México, 2006

Es inevitable la sensación de vértigo, de movimiento, de búsqueda, que se puede hallar en la lectura de *Los pasos del visitante*. Quizá esta sensación se justifica porque cada poema resulta una indagación continua para asir ciertas esencias como el amor, la melancolía, los sueños, la muerte, la otredad, y sobre todo el tiempo. En esta búsqueda, Luis Paniagua (San Pablo Pejo, Guanajuato, 1979) es heredero de una larga tradición de poetas mexicanos que han develado la poesía en las cosas del mundo exterior, en la naturaleza, en los objetos que nos rodean; que han podido desprender los secretos del tiempo en el breve lapso de un amanecer o la muerte dentro de un vaso de agua o los sueños en una tormenta de nieve. Paniagua pertenece a esta ralea de poetas-magos que pueden capturar la esencia de lo inasible, que pueden acercarse a lo fugitivo y otorgarle un nombre inédito.

Eres como el tiempo
 mar,
 cada instante te vas,
 cada ola,
 y no vuelves tú
 sino un simulacro:
 lo que vuelve es el agua
 de otro mar
 que ya nunca es el mismo.

Es evidente una búsqueda de representar el paso del tiempo vía el mar, que finalmente da como resultado el hallazgo de una otredad, de un otro “yo” inasible, pero no ficticio. Luis Paniagua, cercano a una poesía metafísica, nos muestra un paso del tiempo visible en el mar, concebible en las olas, en el agua. En el libro los elementos tangibles con los que el poeta apresa lo fugitivo son el mar, el calor, el sol,



una hamaca, en fin, los largos paisajes en la memoria de un visitante, distribuidos en los tres cuadernillos que componen el libro. En estos tres momentos podemos encontrar a la poesía como esa luz que revela matices sorprendentes en todo aquello que ilumina; así el mar, si bien invocado en grandes poemas desde Homero, cobra nuevos matices:

El largo monólogo del mar
es el eco, la reminiscencia
del nombre más alto,
más antiguo
del agua
que se abre, franca,
hacia pulidos litorales.

El primer cuadernillo de *Los pasos del visitante* —“Croquis sobre el mar”— es un viaje que intenta develarnos una visión del mar, una visión de varios de los elementos marítimos, que nos llevarán a encontrarnos con que ese mar es una red mágica que puede asir emociones, miedos, esencias. De esta forma el mar puede ser un “quieto sueño”, “un dibujo”, un testigo silencioso, una “tremenda bestia” que prepara el naufragio de las naves, el tiempo, la tinta con que se escriben estos poemas o simplemente agua. Estas concreciones hechas mediante imágenes sutiles, que al momento de la lectura no dan tiempo para reflexionar sobre ellas cuando ya están presentes en nuestra mente, son ejemplos justos de la poesía de imágenes con una intención de profundizar en torno al ser humano. Las imágenes de Paniagua son relámpagos precisos en la mente del lector, relámpagos que permiten representar el universo mental y emocional del hombre. Si bien la poesía mexicana tiene una larga tradición de grandes creadores de poemas de imágenes, cabe señalar que en los últimos años ha habido una estampida de malos imitadores de los elementos metafóricos de Octavio Paz y José Gorostiza, que han hecho imágenes por el simple hecho de hacer imágenes, poemas de la imagen por la imagen, sin nada que sustente la existencia de esas imágenes, simples postales que han terminado por desgastar esta veta. Por eso la importancia de la aparición de *Los pasos*

del visitante, ya que en sus poemas devuelve al lector actual la confianza en este tipo de poesía.

En el segundo cuadernillo, titulado “Las habitaciones de abril”, la voz poética nos ubica en un ambiente más íntimo; se trazan las siluetas de una pareja, de la convivencia durante un calor externo e interno abrasador y omnipresente:

3

Él abre la ventana:

Mira de frente al ojo de la noche pudriéndose.

Cierra la ventana.

El calor que se ha colado es tan denso que la palabra cuchillo (pensada o caída de los labios del hombre) podría cortarlo en gajos.

Los pasos continúan, hemos llegado a esta estación del calor, íntima, donde el amor se presenta y es apresado mediante los cuerpos. El mar nunca desaparece, los pasos del visitante transcurren en la playa, en las habitaciones, en la arena, en todo ese mundo de los litorales; en estos poemas no hay imágenes gratuitas, detrás de cada imagen hay una búsqueda lúcida por develar los quehaceres del amor:

21

Él y Ella se miran. Invisibles arañas ovillan sus miradas. Él y Ella se tocan, su piel habla el lenguaje de los ciegos.

Las venas son relámpagos por donde bajan, desbocados, los caballos, ligeros e imprecisos, de la vida.

En esta sección del poemario cabe destacar dos características formales: en principio, que se utiliza el poema en prosa, lo que permite entrar a la voz poética en un tono más narrativo, consecuente con la historia de pareja que nos está contando. En segundo lugar, que se usan notas al pie en los poemas, notas que resultan ser otro poema que se desprende del poema mayor. Este elemento crea una nueva at-

mósfera rica en significaciones, estamos pues ante poemas que se abren a nuevas interpretaciones, poemas que se ahondan en otros poemas:

20

Él conjura las pequeñas deidades cotidianas del fuego, enciende un cigarrillo, escribe en su cuaderno:³
afuera el mar anda dando tumbos con su borrachera
de siglos.

³ Amanecer de descubrimientos

Aquella mañana / en esa pequeña habitación / no era el sol / entrando por las rendijas: / era el mar.

Amanecer de descubrimientos: / encontrar tu cuerpo / hecho mitad de sueño todavía, / topa la mirada / con el letargo de las sábanas / ondeando aún...


No era el viento chocando / contra la puerta / eran los golpeteos del oleaje, / abriendo el espacio, / abriendo el mundo.

Y no era el mar, tampoco, / lo más grande del paisaje. / Amanecer de descubrimientos: / frente al hallazgo de tu cuerpo / desnudo, tibio, / interminable, / el mar era un pequeño insecto / aleteando, / tocando a las puertas / de tu sueño.

En el último cuadernillo, “Las lenguas de la arena”, los pasos nos llevan a elementos de los litorales como un faro, una palapa, una playa; nos develan lo que hay detrás de estos poemas que iluminan no sólo los sitios del mar, de las costas, sino también los asideros del amor, del paso del tiempo, de las esencias, detrás de todo esto está la melancolía.

MAPA

Todos los caminos llevan
a este puerto sin mar
en el que anclamos.
Dan en llamarlo, algunos,
melancolía.

Estamos pues en presencia de un escritor que ya desde su primer poemario demuestra ser dueño de sus habilidades poéticas, y explota sus recursos con mesura, con responsabilidad. Lo que más me emociona de la poesía de Luis Paniagua es esa mesura, su segura concreción, su capacidad de hablar, precisa y profunda, de las cosas. Entre los poetas de la promoción más reciente en México, sin duda, Luis Paniagua es de los pocos que surge en el mundo de las publicaciones como un poeta maduro, como un poeta seguro de sus pasos, seguro de sus búsquedas, que es, quizá, de lo único que los poetas podrán jactarse de estar seguros. Enhorabuena por la poesía. 

La trilogía de las obsesiones: el nuevo ciclo de Daniel Sada

Rodrigo Martínez

Luces artificiales

Joaquín Mortiz, México, 2002

Ritmo delta

Joaquín Mortiz, México, 2005

La duración de los empeños simples

Joaquín Mortiz, México, 2006

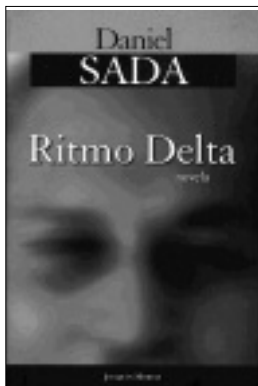


En una entrevista, Daniel Sada (Mexicali, 1953) declaró lo siguiente: “No soy un autor que se identifique con sus primeros libros [...]. Aquellas fueron obras vibrantes realizadas con todas mis fuerzas, pero ahora estoy muy lejos de escribir así. Uno cambia y se vitaliza. Si me hubiera repetido me hubiera podrido como escritor. Ya no daría para más.”¹

En efecto, el ciclo que abrió *Luces artificiales* dio un giro a la narrativa del bajacaliforniano. Antes, en novelas como *Albedrío* (1989), el lector se encontraba con el desierto, con el lenguaje regional del norte (elaborado con disciplina de escultor y verso medido) y con personajes que partían real o imaginariamente en búsqueda de una identidad. Ahora, como en *Ritmo delta* y en *La duración de los empeños simples*, el ambiente es urbano, el lenguaje aspira a una picaresca contemporánea y los personajes están sometidos a la incomunicación y a la soledad de la sociedad actual.

Luces artificiales, *Ritmo delta* y *La duración de los empeños simples* tienen numerosos hilos en común. Las tres son novelas de ambiente urbano; novelas psicológicas y humorísticas. Sus personajes son grotescos y pícaros. Las tres siguen predominantemente el mecanismo del drama (las cosas parten de una normalidad, luego se complican y vuelven a su estado original). Pero, sobre todo, las tres contienen una burla constante a ciertas obsesiones de nuestra época: la riqueza, el amor, la salud, la belleza, el éxito y los buenos matrimonios.

¹ “Daniel Sada: Mis libros se van a olvidar”; entrevista realizada por el autor de esta reseña para la tesis de licenciatura titulada *En el ombligo del universo: una caracterización de la narrativa regionalista en México*.



Lo único que no tienen en común es el resultado. *Ritmo delta* es la mejor, la más literaria y la más verosímil (de allí que fuera galardonada con el Premio Nacional de Narrativa Colima para obra publicada 2006). El personaje, Roberto Pastrana, es un corrector de estilo que sugiere el libro de su abuelo ciego a una editorial de *best-sellers*. El texto resulta exitoso y deja ganancias importantes al muchacho, quien se aísla de la hipocresía que lo rodea. La pérdida de su empleo y la muerte del anciano desencadenan una serie de situaciones (equivocaciones) que devienen infortunios.

Con esta novela Sada logró el cambio que pretendía. A diferencia de *Luces artificiales* y *La duración de los empeños simples* —cuyos personajes recuerdan cuentos como “Bahorrina”, “El fenómeno ominoso” y “El arte de la briba” de *Registro de causantes* (1992)—, el estilo, que combina una tercera persona con un lenguaje humorístico, sostiene el ritmo y el suspenso del relato a pesar de sus casi quinientas páginas. Los personajes se definen. Hay un conflicto que libera las obsesiones de los protagonistas y produce enfrenamientos en una especie de tragicomedia. Se trata de una obra construida con habilidad donde el lector halla varias claves que resultan necesarias en el desenlace. Al final, el sistema del drama se desvanece para dar lugar a una auténtica novela, con recursos de excelente argumentista, que deja ese sabor amargo y cómico propio de la soledad del hombre en su entorno actual.

Aunque *Luces artificiales* y *La duración de los empeños simples* pertenecen al mismo ciclo, y aun cuando juegan con los mismos significados, se trata de novelas que nunca se definen por completo. La primera es más cercana a la época regionalista del autor. En ella Ramiro es expulsado de su estado natal hacia la capital. Su padre le da una herencia formidable a cambio de que se opere el rostro para quitarse la fealdad. Su nueva imagen coincide con la de un criminal. Perseguido por seres reales e imaginarios vuelve a su terruño. En la escena final se consuman una burla hacia la cezrazón provinciana y la idea de que la condición humana se caracteriza por el inevitable retorno al origen.

En *La duración de los empeños simples*, Leonora Godfnez (la mujer) bebe su orina todas las noches para mejorar su salud; Alberto Junco (el hombre) es un desempleado que tras treinta años de labores burocráticas dibuja mapas de tierras imaginarias; Luis Lauro (el hijo) abandonó la marihuana para escribir supuesta poesía de vanguardia. Sus manías los confrontan y los alejan. Se trata de una familia que aparentemente se dispersa, pero que desemboca en una misma condición. En ambas novelas la red del

drama es demasiado evidente. La normalidad se vuelve rareza, nido de equivocaciones, y luego se normaliza. En otras palabras: parece que no ocurre nada memorable.

En su primera época, Sada escribía con un estilo predominantemente semántico. Su apuesta era el lenguaje y el significado; el ritmo y la connotación. Su búsqueda lo convirtió en un buen argumentista. Ahora intenta una literatura psicológica, pero su estilo fugaz apenas le permite trazar la conciencia de los personajes. Ramiro y la familia Junco son bocetos y sus peripecias parecen meras anécdotas derivadas de ciertas obsesiones. Por ello la trama no funciona. Al final, personajes y circunstancias parecen inspirados en Kafka (*El proceso*), pero, a diferencia de las obras del checo, éstas no tienen una resolución efectiva, novelesca. Ejemplo de ello es el romance fracasado de Alberto Junco con una joven que, sin razón aparente, se suicida ante él. El hecho no es más que una rareza en la vida del hipotético geógrafo cuando pudo ser el detonante de un argumento entrañable como el de *Ritmo delta*.

En su ciclo actual Sada ha inventado héroes idénticos para cada novela. Ramiro Cinco, Roberto Pastrana y Alberto Junco parecen ser uno mismo. Todos están atormentados. Andan entre la soledad y el anonimato. No se comunican. Tienen pocas ambiciones. No buscan problemas, pero se meten en líos graves por su necedad y su torpeza. En pocas palabras, antes que seres, son significados. Y el principal sentido al que apuntan son las obsesiones. Estos motivos indican una transición en la prosa del bajacaliforniano. Como he dicho, Sada obtuvo el cambio que deseaba. Lo que no logró fue revitalizar su obra, especialmente su poética. Y es que ninguna de las obras de esta trilogía de las obsesiones está a la altura de novelas como *Albedrío*, *Una de dos* (1994) o *Porque parece mentira, la verdad nunca se sabe* (1999).

Son pocos los narradores mexicanos que han logrado transitar exitosamente hacia géneros o estilos diferentes. Las obras más sólidas han sido, de manera general, aquellas que se forjaron a través de una sola poética o estética. Pensemos en Rosario Castellanos, José Revueltas, Ricardo Garibay o Jesús Gardea. Otros prosistas, en cambio, obtuvieron obras menores al explorar nuevos ámbitos. Sada apostó por este rumbo y, hasta el momento, los resultados han sido discretos. *Ritmo delta* es la mejor representante de este camino, pero aún falta que su autor logre consolidar una poética más consistente y mejor lograda. De lo contrario tendrá que volver —como Ramiro Cinco— a los orígenes de su novelística. ●



CONCURSOS LITERARIOS INTERNACIONALES

Narrativa

PRIMER CERTAMEN LITERARIO LUIS ADARO DE RELATO CORTO

Organiza: Asociación de Escritores Noveles (AEN, España)

Fecha de cierre: 1 de mayo 2007

Bases: www.asociacionescritoresnoveles.es

PREMIO DE RELATO BREVE “PUENTE DE LETRAS” 2007

Organiza: revista *Puente de letras* (Colombia)

Fecha de cierre: 25 de mayo 2007

Bases: concurso@puentedeletas.com

PREMIO NOVELA DE LAS AMÉRICAS 2007

Organiza: Casa de Teatro (España)

Fecha de cierre: 30 de abril de 2007

Bases: <http://www.casadeteatro.com/site2006/concursos/bases>

PREMIO LATINOAMERICANO DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL NORMA-FUNDALECTURA 2008

Organizan: Editorial Norma y la Fundación para el Fomento de la Lectura (Colombia)

Fecha de cierre: 15 de junio de 2007

Bases: www.fundalectura.org.co

PREMIO LATINOAMERICANO DE PRIMERA NOVELA “SERGIO GALINDO”

Organiza: Universidad Veracruzana (México)

Fecha de cierre: 30 de junio de 2007

Bases: www.uv.mx

Poesía

IV CERTAMEN INTERNACIONAL DE POESÍA JOVEN MEMORIAL BRUNO ALZOLA GARCÍA

Organiza: Ayuntamiento de Peñamellera Baja (España)

Fecha de cierre: 27 de mayo de 2007

Bases: www.eldigoras.com

IV CERTAMEN INTERNACIONAL DE POESÍA MEMORIAL BRUNO ALZOLA GARCÍA

Organiza: Ayuntamiento de Peñamellera Baja (España)

Fecha de cierre: 27 de mayo de 2007

Bases: www.larte.com



CONCURSOS LITERARIOS NACIONALES

Narrativa

PREMIO NACIONAL DE CUENTO AGUSTÍN YÁÑEZ

Organiza: Exconvento del Carmen

Fecha de recepción: abril a julio 2007

Bases: cultura.jalisco.gob.mx

PREMIO NACIONAL DE CUENTO BEATRIZ ESPEJO

Organiza: Instituto de Cultura de Yucatán

Fecha de recepción: junio a noviembre de 2007

Bases: www.caminoblanc.com.mx

PREMIO NACIONAL DE CUENTO JUAN JOSÉ ARREOLA

Organiza: Centro Universitario del Sur

Fecha de recepción: 27 de abril de 2007

Bases: www.cultura.udg.mx

PREMIO NACIONAL DE NOVELA JORGE IBARGÜENGOITIA

Organiza: Gobierno del Estado de Guanajuato

Fecha de recepción: marzo a junio de 2007

Bases: www.guanajuato.gob.mx/cultura

PREMIO NACIONAL DE NOVELA CORTA JUAN GARCÍA PONCE

Organiza: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de Yucatán, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Instituto Nacional de Bellas Artes, y el Centro Yucateco de Escritores, A.C.

Fecha de cierre: 27 de abril de 2007

Bases: www.caminoblanc.com.mx

Poesía

PREMIO NACIONAL DE POESÍA IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

Organiza: Gobierno del Estado de Guerrero

Fecha de recepción: agosto a octubre de 2007

Bases: www.guerrero.gob.mx

PREMIO NACIONAL DE POESÍA EFRAÍN HUERTA

Organiza: Gobierno del Estado de Guanajuato

Fecha de recepción: marzo a junio de 2007

Bases: www.guanajuato.gob.mx/cultura

PREMIO NACIONAL DE POESÍA RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Organiza: Universidad Autónoma de Zacatecas

Fecha de recepción: agosto a octubre de 2007

Bases: www.uaz.edu.mx

PREMIOS NACIONALES DE LITERATURA 2007:

DE CUENTO INFANTIL JUAN DE LA CABADA

DE CUENTO SAN LUIS POTOSÍ

DE ENSAYO LITERARIO JOSÉ REVUELTAS

JUAN RULFO PARA PRIMERA NOVELA

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN PARA CRÍTICA DE ARTES PLÁSTICAS

DE NARRATIVA COLIMA PARA OBRA PUBLICADA

DE NOVELA JOSÉ RUBÉN ROMERO

DE OBRA DE TEATRO PARA NIÑOS

DE TESTIMONIO CHIHUAHUA

DE DRAMATURGIA

DE POESÍA CARLOS PELLICER PARA OBRA PUBLICADA

DE POESÍA AGUASCALIENTES

Organiza: Instituto Nacional de Bellas Artes

Fecha de cierre: julio de 2007

Bases: www.literaturainba.com



TALLERES, DIPLOMADOS Y CURSOS DE CREACIÓN LITERARIA

Escuela de escritores de la Sogem

DIPLOMADO EN CREACIÓN LITERARIA

Horario: vespertino

Duración: 4 semestres

Proceso de selección: agosto 2007

CORRECCIÓN DE ESTILO Y PROPIEDAD IDIOMÁTICA

Horario: matutino

Duración: 30 horas

Inscripciones: agosto 2007

CURSO-TALLER DE NOVELA

Horario: matutino

Duración: 30 horas

Inscripciones: agosto 2007

CURSO TEORÍA Y PRÁCTICA DEL CUENTO

Horario: matutino

Duración: 30 horas

Inscripciones: agosto 2007

TALLER DE DRAMATURGIA

Horario: matutino

Duración: 30 horas

Inscripciones: agosto 2007

TALLER DE POESÍA

Horario: matutino

Duración: 30 horas

Inscripciones: agosto 2007

Informes: 5688 2314 y 5688 2429

(www.sogem.org.mx/html/talleres.php)

Fundación René Avilés Fabila

TALLERES, CURSOS Y CONVOCATORIAS

Narrativa, cuento y novela; premios de cuento (Juan José Arreola), poesía (Rubén Bonifaz Nuño), periodismo cultural (Juan Rejano) y artes plásticas (David Alfaro Siqueiros)

Informes: 5639-5910

www.fundacionraf.com

Fundación Cultural Samperio

CURSOS Y TALLERES

Inscripciones abiertas. Centro Cultural El Atrio

Informes: 5584-8783 y 5264-3039

Correos electrónicos:

ingenieria_cultural22@yahoo.com.mx

coord_adhoc@yahoo.com.mx

atrioroma@atrio.com.mx

Escuela Dinámica de Escritores, A. C.

CURSOS Y TALLERES

Informes: 5553-1710 y 5239-8316

www.escueladinamicadeescritores.com

Casa del Lago (UNAM)

CURSOS Y TALLERES

Creación literaria, literatura latinoamericana, mitología, cine y guión

Informes: 5553-6318 y 5553-6362, ext. 227

www.casadellago.unam.mx

PÁGINAS LITERARIAS, REVISTAS DIGITALES Y BLOGS DE Y PARA ESCRITORES

WWW.ALFORJAPOESIA.COM

Alforja es la revista de los poetas que forjan... Información sobre el fondo editorial de Alforja, Arte y Literatura, A.C. y las revistas publicadas hasta hoy. Noticias sobre poesía y taller poético virtual.

WWW.FICTICIA.COM

Página de la editorial mexicana Ficticia que ofrece información sobre escritores y obras de su fondo editorial. También publica narrativa y minificción en línea.

WWW.ELDIGORAS.COM

Aquí se encuentran noticias, archivos de información, talleres de creación, convocatorias y enlaces a toda clase de eventos literarios, premios y autores de lengua castellana en España y otros países.

WWW.ESCRITORES.ORG

Concursos, premios y convocatorias; bibliografía recomendada, talleres de creación literaria, guía de editores y corrección de textos.

WWW.CRUNCHEDITORES.COM

Editorial dedicada a la publicación de *e-Books* en las áreas de literatura, arte, ciencias sociales y humanidades.

HTTP://AGUINAGA.BLOGSPOT.COM

Blog del poeta y ensayista Luis Vicente de Aguinaga.

HTTP://LASELECCIONESAFECTIVASMEXICO.BLOGSPOT.COM

Blog en el que el lector puede hallar obra, bibliografía y biografía de numerosos poetas latinoamericanos.

HTTP://ASUNTOSDOMESTICOS.BLOGSPOT.COM

Blog del poeta y editor Víctor Cabrera.

HTTP://ROCIOCERON.BLOGSPOT.COM

Blog de la poeta Rocío Cerón.

HTTP://ZAINDENWERG.BLOGSPOT.COM

Blog del poeta argentino Ezequiel Zaindenwerg que, además de su obra, contiene poesía de diversos autores y numerosas traducciones.

HTTP://PORNOSONETOS.BLOGSPOT.COM

Blog dedicado a la poesía pornográfica y erótica realizada por el poeta bonaerense Ramón Paz.

HTTP://DESOCUPADOS.BLOGSPOT.COM

Blog elaborado por la narradora y ensayista Vivian Abenshushan.

Colección Azor

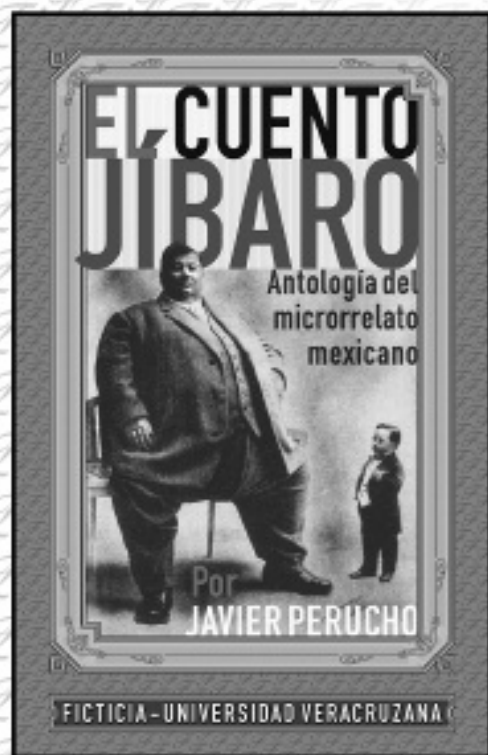
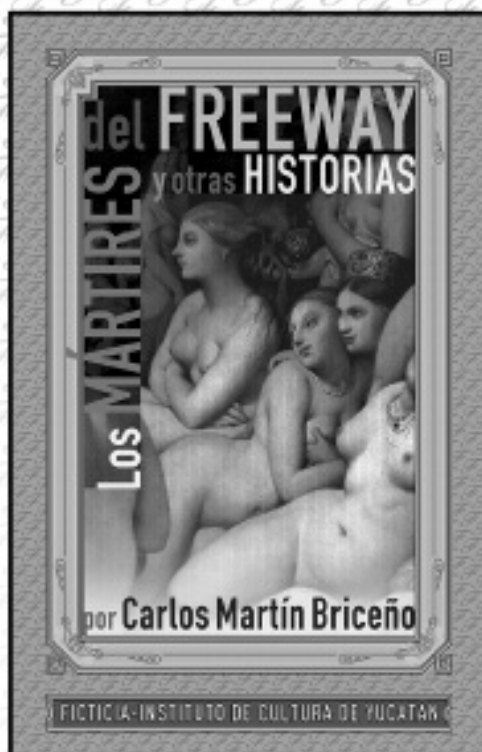
a *alforja* ARTE y
LITERATURA

Rodolfo Alonso ■ Régis Bonvicino ■ Alfredo Fressia ■ Jaime Jaramillo Escobar ■ Jotamario Arbeláez ■ Floriano Martins ■ Niki Ladaki-Filippou ■ Margaret Randall ■ Juan Manuel Roca ■ Máximo Simpson ■



FICTICIA

EDITORIAL



SÓLO LOS
MEJORES
CUENTISTAS



www.ficticia.com — libreria@ficticia.com

Titulos publicados

Hatuchay de Washington Cucurto (Argentina)

Multicancha de Germán Carrasco (Chile)

Los amores del mal de Damaris Calderón (Cuba)

Novedades 2007

Zimbabwe de Eduardo Padilla (México)

Bala Perdida de Montserrat Álvarez (Perú-Paraguay)

Feras brancas. Poesía contemporánea del Brasil, selección y traducción de Cecilia Pavón y Camila Do Valle.

Ediciones El billar de Lucrecia. Poesía Latinoamericana. Dicen, aquellos que dicen saber, que a Latinoamérica la une sólo una cosa: el espectáculo gringo. Nada más lejano a la verdad. A la América Latina la une una poesía que destee la vida y la muerte con solemnidades y sin ellas. Así, en firme. Por ello EBL apuesta por lo mostro, lo machazo, lo más candinga de la poesía que surge de un grupo de autores nacidos a finales de la década de los 60 y durante los 70. Quince libros que harán historia en la Historia de la Poesía de toda Latinoamérica. Libros de colección, con los poetas más arriesgados del Continente para lectores abiertos a recibir puñetazos de adrenalina.

POESIA LATINOAMERICANA

▲ CONACULTA • FONCA

<http://elbillardelucrecia.blogspot.com>

EDICIONES
EL BILLAR DE LUCRECIA

EDICIONES EL MILAGRO

te acerca al fascinante mundo de la escena

✽ MARTÍN ACOSTA ✽ EDWARD ALBEE ✽ IMAMU AMIRI BARAKA ✽ CATHERINE ANNE ✽ ANTONIO ARMONÍA ✽ MARÍA ELENA AURA ✽ LEONOR AZCÁRATE ✽ JUAN JOSÉ BARREIRO ✽ SABINA BERMAN ✽ MICHEL MARC BOUCHARD ✽ CARMEN BOULLOSA ✽ PETER BROOK ✽ PILAR CAMPESINO ✽ MARIBEL CARRASCO ✽ JEAN-CLAUDE CARRIÈRE ✽ JORGE CELAYA ✽ JAIME CHABAUD ✽ COPI ✽ CARLOS CONVERSO ✽ ENZO CORMANN ✽ ELBA CORTÉZ ✽ MIREYA CUETO ✽ HÉCTOR DÁVALOS ✽ MARCO ANTONIO DE LA PARRA ✽ ALFONSO DE MARÍA Y CAMPOS ✽ LUIS DE TAVIRA ✽ ÉTIENNE DECROUX ✽ MARÍA DEL POZO ✽ DON DELILLO ✽ GARANCE DOR ✽ CHRISTOPHER DURANG ✽ XAVIER DURRINGER ✽ JOSÉ RAMÓN ENRÍQUEZ ✽ XIMENA ESCALANTE ✽ FELIKS FALK ✽ ROLAND FICHET ✽ DARIO FO ✽ GUY FOISSY ✽ MARÍA IRENE FORNÉS ✽ DAVID W. FOSTER ✽ HERNÁN GALINDO ✽ SERGIO GALINDO ✽ ALICIA GARCÍA BERGUA ✽ BARRY GIFFORD ✽ JANUSZ GLOWACKI ✽ WTOLD GOMBROWICZ ✽ JESÚS GONZÁLEZ DÁVILA ✽ FLAVIO GONZÁLEZ MELLO ✽ JEAN-CLAUDE GRUMBERG ✽ ADAM GUEVARA ✽ ELENA GUIOCHINS ✽ LUIS ENRIQUE GUTIÉRREZ ✽ ALDEL HAKIM ✽ FRANCISCO HINOJOSA ✽ BERTA HIRIART ✽ HUGO HIRIART ✽ JOHN JESURUN ✽ MAURICIO JIMÉNEZ ✽ JUAN JIMÉNEZ IZQUIERDO ✽ TULLIO KEZICH ✽ BERNARD-MARIE KOLTÈS ✽ TONY KUSHNER ✽ SUZANNE LEBEAU ✽ SALVADOR LEMIS ✽ ESTELA LEÑERO FRANCO ✽ VICENTE LEÑERO ✽ HUMBERTO LEYVA ✽ ALEJANDRO LICONA ✽ ÓSCAR LIERA ✽ CARLOS LISCANO ✽ CUTBERTO LÓPEZ ✽ RAFAL MACIAG ✽ DAVID MAMET ✽ GERARDO MANCEBO DEL CASTILLO ✽ ODILE MASSÉ ✽ MARÍA LUISA MEDINA ✽ FABRICE MELQUIOT ✽ HÉCTOR MENDOZA ✽ THOMAS MIDDLETON ✽ PHILIPPE MINYANA ✽ LUIS MARIO MONCADA ✽ MARÍA MORETT ✽ CARLOS MORTON ✽ SLAWOMIR MROZEK ✽ CARMINA NARRO ✽ PETER NICHOLS ✽ ÁNGEL NORZAGARAY ✽ YOSHI OIDA ✽ DAVID OLGUÍN ✽ CARLOS OLMOS ✽ GUSTAVO OTT ✽ EDUARDO PAVLOVSKY ✽ SILVIA PELÁEZ ✽ RICARDO PÉREZ QUITT ✽ CUTBERTO LÓPEZ ✽ VÍCTOR HUGO RASCÓN BANDA ✽ LUIS EDUARDO REYES ✽ JESUSA RODRÍGUEZ ✽ WILLIAM ROWLEY ✽ HUGO SALCEDO ✽ PAULINE SALES ✽ MILCHA SÁNCHEZ-SCOTT ✽ NATHALIE SARRAUTE ✽ GUILLERMO SCHMIDHUBER ✽ LEONARDO SCIASCIA ✽ ANTONIO SERRANO ✽ SAM SHEPARD ✽ JERZY S. SITO ✽ MIGUEL ÁNGEL TENORIO ✽ JUAN TOVAR ✽ LARRY TREMBLAY ✽ TOMÁS URTUSÁSTEGUI ✽ SERGE VALLETTI ✽ GERARDO VELÁSQUEZ ✽ ÓSCAR VILLEGAS ✽ MICHEL VINAVER ✽ PAULA VOGEL ✽ RÉMI DE VOS ✽ VÍCTOR WEINSTOCK ✽ JEAN-PAUL WENZEL ✽ AUGUST WILSON ✽ LANFORD WILSON ✽ GAO XINGJIAN ✽ GABRIELA YNLÁN ✽ SERGIO ZURITA

www.edicioneselmilagro.com.mx



Ediciones Casa Juan Pablos

Anales del cine en México 1895-1911
y Cartelera del cine en México



Dos colecciones fundamentales para conocer y entender el primer cine en México en su contexto histórico y social

Anales del cine en México 1895-1911

1895: El cine antes del cine
1896: El vitascopio y el cinematógrafo en México
1897: Los primeros exhibidores y camarógrafos nacionales
1898: Una guerra imperial
1899: ¿A los barrios y a la provincial?
1900: Los cines y los teatros

1901: El cine y la pornografía
1902: La magia del cine
1903: El espacio urbano del cine
1904: El cine y la publicidad

De próxima aparición:

1905: Las primeras salas permanentes de cine
1906: Los cines pueblan la ciudad de México
1907: El cine y sus empresas
1907: La multiplicación de las salas de cine en la provincia
1908: El cine y los toros

Cartelera del cine en México: 1903-1911



MANTIS



EDITORES

www.mantiseditores.com

Mantis

10 años 100 títulos

un solo compromiso

Encuentre nuestros títulos en:

Educational, Gandhi, FCE, El Péndulo
Gonvill y librerías de prestigio de todo el país.



